

©Armando Bartra
2020

Descarga gratis éste y otros libros en formato digital en:
www.brigadaparaleerenlibertad.com/librosgratis

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez.
Diagramación y portada: Daniela Campero.

UN AÑO YA
Y LA CUARTA VA

Armando Bartra

ÍNDICE

AMLO AL BAT: RETRATO DE UN PRESIDENTE ALIVIANADO.....	7
ARIDOAMÉRICA: LA OTRA CONQUISTA	13
ENDEREZANDO LA POLÍTICA EXTERIOR	31
LOS CULICHIS Y EL NARCO	37
MÁS SOBRE LAS POLÍTICAS DEL “No”	
¿POR QUÉ CEDER EL MEDIO CAMPO?	41
“MANOS A LA CUENCA.” ITINERARIO EJEMPLAR DEL FRENTE DE PUEBLOS EN DEFENSA DE LA TIERRA	49
LOS MEGAPROYECTOS DE EMILIANO ZAPATA	59
ZAPATA EN MOTOZINTLA	71
LA GUERRA DEL FERTILIZANTE O CÓMO SALIR DEL ATOLLADERO	73
MORENA: UN PARTIDO-MOVIMIENTO QUE SE PASMÓ	81
ANEXO	
MORENA EN EL ESPEJO DEL BOLIVIANO	
MOVIMIENTO AL SOCIALISMO	111
MÉXICO 2018, EL INICIO DE LA SEGUNDA OLEADA EMANCIPATORIA DE NUESTRAMÉRICA	119

AMLO AL BAT

Retrato de un presidente aliviado

El presidente de la República es un hombre feliz y se le nota. Alegría de vivir que me parece políticamente relevante. Además de que no encuentro muchos personajes públicos que más allá de la mediática sonrisa congelada se vean realmente felices. Y en el caso de López Obrador, el patente buen ánimo con el que ejerce el cargo es parte de su estilo, de su temperamento político, de su forma aliviada de gobernar.

Es claro que al de Macuspana le place su oficio y que lo ejerce con gusto. No sólo ahora que es presidente, sino también en la adversidad del desafuero, del acoso, de los reiterados fraudes electorales... Tribulaciones y a veces literales descalabros que siempre tomó de buen talante.

Quizá por eso en el accionar de López Obrador no encuentro odio ni amargura. Le gusta repetirlo y se lo creo: lo suyo no es la venganza.

El presidente es un hombre feliz y eso es muy bueno para la nación.

Es un hombre feliz e impetuoso. En este primer año los cambios han sido en ráfaga: un día sí y otro también nos enteramos de una nueva decisión de trascendencia económica, social, política, simbólica o todo a la vez. López Obrador trae prisa.

Y no es para menos. El primer paso de la Cuarta Transformación (4T) tiene que darse en menos de seis años; en un sexenio hay que enderezar el curso de nuestra historia, porque aquí no hay reelección y con pluralismo político cualquier cosa puede suceder.

Viraje drástico que demanda mudanzas radicales en todos los ámbitos: cambiar de vía la descarriada economía que nos dejaron los neoliberales, remendar el tejido social que desgarró la guerra, sacar del congal a la política, encender la luz de la esperanza en nuestro ensombrecido imaginario social... La voluntad de cambio que anima a la 4T enfrenta usos, costumbres y mañas forjados a lo largo de un siglo, reglas de juego interiorizadas también por los ciudadanos, rutinas de sumisión, rituales del poder... Va a estar duro. Enmendando a Lampedusa, diría que el desafío de López Obrador –y el nuestro– es cambiarlo todo para que nada vuelva a ser igual.

Vemos un gobierno con prisa porque objetivamente seis años son pocos para la gran mudanza. Pero siento que también hay en la administración una prisa subjetiva. Y es que Andrés Manuel ya tuvo un aviso de que los tiempos de las personas –como los de los gobiernos– están acotados y si uno

quiere terminar lo que se propuso hay que apurarse. “La vida es demasiado corta para desperdiciarla en cosas que no valen la pena”, es la frase con que termina el libro *No decirle adiós a la esperanza*, que escribiera en 2012.

*

Tenemos un presidente feliz e impetuoso, pero también con mandato; un mandato inaudito, descomunal. Nadie en un siglo había gobernado el país con un encargo de este calibre. Con variantes de matiz, los presidentes posrevolucionarios –los “monarcas sexenales”– se montaban en la inercia del sistema y daban continuidad a las prácticas de la “gran familia revolucionaria”; se dejaban ir, pues.

Hasta el primero de diciembre pasado todos lo habían hecho así. Todos menos Lázaro Cárdenas, quien tuvo que reinventar la administración pública heredada, pues había que desembarazarse del “jefe máximo” que mandaba a trasmano, desmarcarse del proyecto de país pergeñado por los de Sonora y deshacerse del modo de gobernar impuesto por Obregón y Calles durante los años veinte y parte de los treinta. Y así como la administración de Cárdenas fue una revolución en la Revolución, así López Obrador tiene que ponerlo todo –o casi todo– de cabeza si en verdad quiere inaugurar la 4T.

El general Cárdenas tenía un proyecto del que tuvo que convencer a la ciudadanía durante su administración; López Obrador tiene un mandato. Me explico: pese a su intensa campaña, el de

Jiquilpan llegó al gobierno como el hombre de la continuidad y con el estigma de haber sido señalado por Calles; en cambio el de Macuspana llega al cargo con la instrucción masiva y explícita de romper la continuidad del sistema. Cárdenas ganó con un millón de votos en un país de 18 millones de habitantes, López Obrador obtiene 30 millones de votos en un país de 120 millones de habitantes. Por el primero sufragó menos del 5% de la población, por el segundo sufragó el 25%. El uno tuvo que legitimarse durante su ejercicio (y vaya que lo hizo). El otro llega con la atronadora legitimidad que le da el voto del 53% de los que sufragaron, más los *like* que con el paso de los meses ha venido acumulando.

*

El presidente es un hombre feliz, impetuoso, con mandato y también muy protagonista; como lo patentizan el rito de las “mañaneras” y las giras de fin de semana que lo tienen todo el tiempo en los medios. Un protagonismo que a mi ver no es vocacional, sino que se origina en el contenido y la forma del mandato popular con el que se le ha investido.

Porque bien vista, la instrucción del primero de julio del año pasado no fue al nuevo gobierno en general, sino al poder Ejecutivo. Y no a todo el Ejecutivo sino específicamente al presidente. Es López Obrador quien recibió una orden intransferible y es de él de quien se espera que se encargue –personalmente– de poner en orden los asuntos de la nación. No es que me guste, pero es que así son

las cosas por acá: así fue en Venezuela con Chávez, en Brasil con Lula, en Bolivia con Evo...

Los modos del obradorismo gobernante tienen que ver con el estilo del presidente, pero más con la naturaleza muy personalizada del mandato popular que recibió. De sus compromisos de campaña López Obrador tiene que responder no sólo de forma institucional: informes anuales, reportes, comunicados... sino de bulto y compareciendo todos los días ante la nación.

Eso son las conferencias de prensa matutinas: reportes que el mandatado ofrece cotidianamente a sus mandantes, como quien se presenta ante la asamblea para informar de los avances tenidos en la tarea que se le encomendó. Los periodistas no son más que un medio. Ya cuando fue jefe de Gobierno del DF López Obrador recurrió a las conferencias de prensa madrugadoras, pero entonces era un recurso para dar la nota del día y comerle el mandado al presidente. Ahora es otra cosa.

*

Bonhomía, ímpetu, mandato y protagonismo que se funden en una implacable voluntad política. Por sobre todas las cosas, nuestro presidente es un hombre voluntarioso; un convencido de que el curso de la historia no está escrito, sino que es de nuestra exclusiva responsabilidad.

Por eso López Obrador parece terco: porque avanza inmutable por el camino que previamente se ha trazado; haciendo consultas, pero sin escuchar cantos de sirena ni desviarse por factores

coyunturales. Y para un político opositor, avanzar es ir desmontando la hegemonía ideológica del sistema al tiempo que se construye sentido común contrahegemónico; es transitar de una situación de debilidad a otra de fuerza creando así las condiciones necesarias para alcanzar el objetivo propuesto. Construcción en la que hay que perseverar pues a veces el asalto al cielo se queda corto y debemos intentarlo de nuevo con más trabajo en la base y alianzas más extensas: 2006, 2012, 2018...

No esperar que se presente la oportunidad sino crearla; concientizar, organizar y movilizar, estas son las palancas. Porque López Obrador, a la vez que le apuesta a la agencia transformadora del Estado, deposita su fe en la gente. En las personas y sus socialidades primarias, más que en los movimientos y las organizaciones; actores en los que no confía del todo porque a veces llevan la marca de la bestia: los estigmas del sistema corporativo clientelar en que se forjaron. Diagnóstico certero del que luego saca conclusiones excesivas: todas las organizaciones campesinas son Antorcha, todas las asociaciones civiles son panistas, todos los partidos van a terminar en lo mismo.

*

Y este político alivianado, impetuoso, protagónico y voluntarioso es un hombre bueno. Un hombre que tomando la ética como guía se ha propuesto abrirle paso a una nueva moral social. En buena hora.

ARIDOAMÉRICA

La otra conquista

Donde parece cuanto se engañan los pensamientos de los hombres, que nosotros andábamos a les buscar libertad [a los indios] y cuando pensábamos que la teníamos, sucedió tan al contrario.

Alvar Núñez Cabeza de Vaca. *Naufragios*

La carta que con motivo de los 500 años de la caída de Tenochtitlan envió López Obrador al rey de España, planteándole sensatamente que a partir del “reconocimiento de los agravios causados” se busque formular un “relato compartido, público y socializado” de nuestra historia común, desató en prensa y redes sociales una lluvia de improperios y algunas opiniones.

Las hay francamente colonialistas, como la del español Santiago Abascal, del partido Vox: “López Obrador, México y toda América deberían agradecer a los españoles que llevaran la civilización y pusieran fin al reinado del terror y la barbarie al que estaban sometidos. Nada más que decir.

España dejó Nueva España como un territorio rico y próspero”.

Otras se ubican en el “revisionismo” histórico, como la del mexicano Martínez Baracs: Los españoles “no vinieron a matar gente, esto ya está aceptado, aunque hay todavía quien insiste en el genocidio. Los españoles hicieron una guerra, pero después para nada iban a querer matar a los indios, hubieran estado locos, si era una fuerza de trabajo superorganizada”. Y redondea: “La Conquista es un levantamiento, una gran rebelión indígena contra los mexicas, que aprovechó la llegada de los españoles. Fueron indígenas [como los tlaxcaltecas] quienes se levantaron [...] Entonces imaginense que los españoles fueron los liberadores y la Conquista se puede ver como el gran momento de transformación político, social, cultural, religioso, lingüístico, todo” (*Proceso*, n. 2213, 31/03/19). Porque, como dice Antonio García de León, sumándose a dicha hipótesis: “los aztecas no eran una perita en dulce, sometían a las poblaciones, tenían muchísimos enemigos” (*La Jornada*, 22/04/19). Desde esta perspectiva la llamada Conquista sería en verdad un episodio “libertario” en el que –según el también revisionista Federico Navarrete– La Malinche resplandece como una suerte de Juana de Arco mesoamericana.

Por su parte, y en otra tesitura, Pedro Salmerón (*La Jornada*, 04/04/19), se apoya en el libro *Indios imaginarios e indios reales en los relatos de la conquista de México*, de Guy Rozat, para poner en duda la indianidad de los presuntos “testimonios indígenas” editados por Miguel León-Portilla en

La visión de los vencidos. Obra que en realidad sería una construcción teológico-occidental del episodio, que embona con el resto del indigenismo mexicano, en su pretensión de inventar a los indios para mejor asimilarlos.

Sin duda los miles de guerreros aportados por los resentidos caciques tlaxcaltecas tributarios de la Triple Alianza, fueron decisivos en la caída de Tenochtitlan y en el resto de la conquista; y es evidente, también, que los cantares escritos durante la tercera década del siglo XVI o más tarde, tienen la impronta del pensamiento de los conquistadores, que los informantes de Sahagún leían los libros de teología del colegio de Tlatelolco y que Fernando Alva Ixtlixochitl estaba cristianizado. El problema radica en que sostener razonablemente, como lo hace Rozat, que “los textos indígenas de la conquista no son textos históricos sino textos teológicos”, pone en duda no sólo la versión legendaria de la caída de Tenochtitlan-Jerusalén –cuestionamiento que me parece muy pertinente– sino incluso el llamado genocidio, pues la propia descripción que hacen los cronistas de las masacres puede estar sesgada.

No es ésta, creo, la intención del muy decolonial revisionismo histórico de Rozat, Salmerón y otros. Pero para evitar el oscurecimiento de la catástrofe civilizatoria, sus ejecutores, sus conductores y sus instigadores ocultos (a veces impersonales, como la insaciable codicia del gran dinero), sería pertinente buscar otras vías de ingreso a los intrínquilos del sangriento encontronazo.

Escribe Rozat que “estos estratos discursivos nos impiden acceder de manera inmediata e ino-

cente a genuinos textos del encuentro americano” (*Indios imaginarios e indios reales en los relatos de la conquista de México*, p. 10). Textos “genuinos”, difíciles si no imposibles de encontrar, pues los protagonistas indígenas de los primeros años no escribieron y los cronistas ulteriores a veces escribían de oídas y en todo caso estaban occidentalizados. Dice bien Salmerón: “Las fuentes las escriben los vencedores”.

Batallas en el desierto

Hay, sin embargo, otro abordaje posible. Pero para emprenderlo necesitamos ir más allá de la proverbial “primera Conquista” y atender a la totalidad del proceso sojuzgador.

Tanto el debate en torno a la carta de López Obrador al rey, como la reinterpretación de lo sucedido en el arranque del siglo XVI, como la decodificación del discurso occidental presuntamente oculto tras de las visiones convencionales de dichos sucesos, se quedan en una suerte de versión chilanga -valga decir, centralista- de la Conquista; narrativa focalizada en la caída de Tenochtitlan, la derrota de los aztecas y el sometimiento de los pueblos del centro de México. Un curso que duró menos de cinco años y que por su desarrollo concentrado y dramático se presta a reconstrucciones anecdóticas protagonizadas por héroes y villanos (intercambiables al tenor de los sucesivos revisionismos), como las que en efecto ha tenido.

Pero si atendemos al conjunto de lo que hoy es México, tendremos que admitir que la Conquis-

ta abarcó también el sur maya –ámbito en que el propio Cortés incursionó profundamente– y sobre todo la Aridoamérica chichimeca, un territorio poco poblado, pero tres o cuatro veces más vasto que el de los aztecas, tlaxcaltecas y purépechas, que llevó otros setenta años dominar y donde el expansionismo hispano se topó con una resistencia tenaz y generalizada.

Fue, la del norte, una “guerra chichimeca” en la que los tlaxcaltecas (y esta vez también algunos mexicas) fueron de nuevo utilizados por los españoles, pero que, siendo parte insoslayable de una conquista que no terminó con la caída de Tenochtitlan, en modo alguno puede ser leída como una “rebelión indígena” (ya no contra los mexicas sino ahora contra los chichimecas) como lo hacen Martínez Barac y otros, con los primeros episodios del encontronazo.

La interminable confrontación entre los conquistadores y los chichimecas, nada tuvo de “rebelión”, fue una guerra colonial prolongada y en campo abierto donde nunca funcionaron la diplomacia, las astucias divisionistas y las alianzas que estilaba Hernán Cortés. Una historia ubicua y dispersa que, a diferencia de la otra, no se presta para sintetizarla en dramáticos y teatralizables “momentos estelares”.

En Aridoamérica no había un Moctezuma a quien secuestrar ni un Cuauhtémoc a quien vencer ni una Tenochtitlan que ocupar; vaya, ni siquiera hubiera servido una histriónica traductora como La Malinche, pues ahí las lenguas eran tan numerosas como las tunas del *gran tunar*. En cambio, re-

cios, curtidos y dispersos en un amplio e inhóspito territorio, los flechadores del norte eran anónimos (cuando menos para el occidental) y casi imposibles de vencer, de modo que la guerra chichimeca duró cerca de medio siglo.

“El asombroso triunfo de Cortés sobre pueblos tan numerosos y complejos como los tlaxcaltecas, aztecas y tarascos –escribe Philip W. Powell en *La guerra chichimeca*– no resultó más que el preludio de una mucho más dilatada pugna militar contra las proezas de los guerreros más primitivos de América. Esta lucha fue llamada la guerra de los chichimecas y dio fin, simbólicamente, a la “primera conquista” de México” (p. 9).

De los espantables arqueros nómadas de Aridoamérica habla una quintilla de Fernán González de Eslava:

Dentro en su furor esquivo
se encierran todos los males,
y con flechas infernales
a ninguno dejan vivo
de los míseros mortales.

Dice el soldado Alvar Núñez Cabeza de Vaca, que vivió con ellos casi una década: “Ésta es la más presta gente para un arma que yo he visto. Ven y oyen más y tienen más agudo sentido que cuantos hombres yo creo que hay en el mundo. Son grandes sufridores de hambre y sed y de frío, como que están más acostumbrados y hechos a ello que otros. La manera que tienen de pelear es abajados por el suelo y mientras flechan andan saltando

siempre de un cabo para otro, guardándose de las flechas de sus enemigos, tanto, que en semejantes partes pueden rescebir muy poco daño de ballestas y arcabuces; antes los indios burlan de ellos, porque estas armas no aprovechan [...] a donde andan ellos..." (*Naufragios*, p. 87, 88).

Esto lo escribe Alvar en 1537, cuando aún no se había generalizado la guerra chichimeca, de modo que no es justificación de futuros fracasos ibéricos, sino oportuna –cuan desoída– advertencia a los desaprensivos conquistadores.

En cierto modo la del norte fue la verdadera conquista; una prolongada batalla que no tuvo nada de libertaria y que tampoco puede interpretarse a partir de proféticas señales en el cielo, retornos anunciados de Quetzalcóatl, terror religioso a los caballos y artes civilizatorias de la verdadera fe.

Si por genocidio entendemos aniquilación física premeditada de un grupo social ("venir a matar gente", en la restrictiva definición de Martínez Baracs), en Aridoamérica ciertamente no lo hubo, pues a falta de metales preciosos –que en la región se descubrirían después–, el conquistador tardío Nuño Beltrán de Guzmán y los suyos se conformaron con capturar indios nómadas para venderlos como esclavos en las Antillas. Pero si por genocidio entendemos la destrucción violenta y sistemática de la economía, la sociedad y la cultura de uno o más grupos étnicos, con el fin de secuestrar y desarraigar a sus integrantes, vaya que lo ocurrido en Nueva Galicia y Nueva Vizcaya fue un genocidio. Un genocidio despiadado, airadamente resistido por los pobladores originales de la región.

Por muy “revisionista” que se proclame, la narrativa histórica que se regodea en la novelesca caída de Tenochtitlan y ve la derrota de los aztecas como La Conquista propiamente dicha, es en el fondo una reiteración con variantes de la lectura occidental y colonial que ilumina sólo los acontecimientos que tuvieron lugar en el “centro civilizado” y deja en penumbras lo ocurrido en la “periferia salvaje”. Y hoy que reconocemos la importancia decisiva de las orillas, la historia del genocidio y la resistencia aridoamericana debe ser revisitada.

La conquista del norte también tuvo crónicas que la presentaron como una Cruzada evangelizadora, aunque quizá por su misma violencia no contó con escribientes indígenas transculturados, como los de Tlatelolco. Pero, a cambio, tuvo en su arranque un narrador excepcional cuyo testimonio refleja poderosamente la vivencia indígena. Y la refleja precisamente porque el que habla no es indígena natural sino naturalizado, de modo que no trata de inventarse al “otro” a distancia o a toro pasado, sino que es el “otro” siendo el mismo. Este personaje paradójico, esta quimera histórica es Alvar Núñez Cabeza de Vaca, soldado español y por nueve años indio adoptivo.

Pálido chichimeca

Nacido en Jerez de la Frontera en 1490, el andaluz Alvar Núñez Cabeza de Vaca participa en calidad de tesorero en la expedición de Pánfilo de Narváez a la Florida en 1527. La incursión sufre toda clase de percances en que mueren o son muertos por los

indios cerca de 600 de los embarcados. Sobreviven cuatro –entre ellos Alvar– quienes durante nueve años recorren lo que hoy son Luisiana, Texas, Nuevo México y Arizona, en Estados Unidos, y los ahora estados mexicanos de Sonora y Sinaloa. Por casi una década comparten carencias y alegrías con las tribus nómadas o seminómadas de Aridoamérica, que quizá por su aspecto estrafalario terminan por acogerlos como curanderos y chamanes. En 1536 ellos y el grupo de indios nebomes con el que marchaban, se topan con los hombres del capitán Diego de Alcaraz, que andaban a la caza de indios para esclavizarlos. Y con esto termina el periplo de los españoles, del que Alvar deja constancia en una crónica titulada *Naufragio y relación de la jornada que hizo a la Florida con el adelantado Pánfilo de Narváez*, conocida comúnmente como *Naufragios*.

Narración directa y lineal pero intensa y apasionada, en *Naufragios* creo percibir la “inmediatez” e “inocencia” que pide Rozat. La excepción son unos pocos párrafos de retórica evangelizadora (p. 125-128), con los que el narrador trata de convencer a Carlos I de que –aun si exhaustos y en extrema penuria– los náufragos siempre se esforzaron por inculcar la verdadera fe en sus salvadores aridoamericanos. Y es que Alvar, que cuando escribe ha regresado a España, desea obtener un nombramiento real como capitán general y gobernador de Río de la Plata. Comisión que a la postre consiguió. Fuera de estas pocas páginas, que sueñan a hueco, no descubro ni dobleces ni ideología en el trepidante relato.

Todo lo contrario, en *Naufragios* encuentro el drama de la Conquista como experiencia vivida. No las minuciosas descripciones etnográficas de un Sahagún o el relato de grandes acontecimientos que, registrados por cronistas como Bernal Díaz, fueron recogidos después por la historiografía, sino el personal e intransferible testimonio de la confrontación con el “otro”.

Pero a la postre el “otro” de Alvar no son los indios. Paradójicamente lo que el andaluz experimenta y narra con excepcional elocuencia no es tanto el desencuentro cultural implícito en la forzada integración de los náufragos ibéricos con las tribus de los originarios, sino el choque que para los ya asimilados al mundo aborigen representa la súbita aparición de los españoles, extraños ominosos y acorazados a los que por unos vertiginosos instantes Alvar ve con ojos de chichimeca.

Nuño Beltrán de Guzmán había llegado de Cuba a la provincia de Pánuco en 1525 y después de un lapso en la capital como presidente de la primera Audiencia, en 1529 emprendió su incursión por las tierras del norte con un ejército de 500 españoles y 15 mil indios tlaxcaltecas y mexicas. Traía -dice en su relación- “setenta ballestas y cincuenta escopetas y doce tirillos de bronce con sus bancos, y muchas lanzas y municiones de saetas y casquillos e hilo de ballestas y pólvora...” En su recorrido por lo que hoy es Michoacán, Guanajuato, Jalisco, Nayarit, Zacatecas, Durango, Sonora y Sinaloa azotó, torturó, mató, quemó vivos o entregó a los perros (“aperreó”) a numerosos caciques y a miles de indígenas del común; además de herrar y

vender al precio de un peso por cabeza a los habitantes de pueblos enteros.

A su paso quedaron, humeantes, cientos de aldeas incendiadas, pues después de vencer a quienes se le resistían, se apropiaba del maíz y otros bastimentos para luego arrasar y quemar lo restante, de modo que los diezmados pasaran hambre y no pudieran reorganizarse. “Porque en esas tierras no hay oro ni plata ni ganados ni granjería alguna”, según escribió en su relación, se dedicó a cazar indígenas y venderlos como esclavos en las islas del Caribe.

Cuando Alvar y los suyos llegan a Sinaloa con un grupo de indios nebomes, Guzmán aún gobierna Nueva Galicia, y los soldados con los que se encuentran son gente del sobrino de Nuño, Diego de Guzmán, y del capitán Diego de Alcaraz, que andan precisamente a la “caza de indios”.

En su odisea de Florida a Sinaloa, Alvar vio morir a muchos de sus compañeros saeteados por los arqueros indígenas y él mismo fue herido dos veces, una por flecha y otra por piedra, además fue esclavo de una familia de tuertos y recibió golpes y humillaciones. Pero a la postre los indígenas lo salvaron de la muerte y acabó confraternizando con ellos e integrándose a sus sociedades.

“Los que quedamos escapados, desnudos como nacimos y perdido todo lo que traíamos [...] con poca dificultad nos podían contar los huesos, estábamos hechos la propia figura de la muerte [...] Los indios al ver el desastre en que estábamos comenzaron todos a llorar recio [...] Yo pregunté [a los míos] que si pareciera rogaría que nos llevaran

a sus casas. Y algunos de ellos que habían estado en la Nueva España dijeron que no, pues nos sacrificarían. [Pero fuimos] y nos dieron pescado y raíces y tan buen tratamiento que perdimos algo de miedo al sacrificio" (*Naufragios*, p. 41, 42, 43).

Por un tiempo esclavo; luego fabricante de peines, redes y arcos; más tarde ocupado en el trueque de conchas por cueros; y a la postre curandero y chamán, Alvar sufre hambre, sed, frío y enfermedad al igual que los indios con los que anda. Come con ellos cuando hay y lo que hay: maíz, frijol, calabaza y bledos con los que hacen milpa; tunas, nueces, higos, piñones, raíces, moras y yerba con los recolectores; bisonte, venado, perro, conejo, pescado, cangrejo y hasta lagartijas, arañas y gusanos con los cazadores y pescadores. Con ellos ríe y con ellos llora y se acongoja. Con ellos canta, baila y se emborracha. Los ve pelear y reconciliarse. Los ve nacer y los ve morir... "Fueron casi nueve años, el tiempo que yo estuve en esta tierra, solo entre ellos y desnudo como ellos andaban" (p. 55).

Y Alvar, que sabía de la codicia pues de ella venía, aprende a admirar la generosidad que florece en la penuria. "Ningún caso hacen de oro y plata, ni hallan que pueda haber provecho en ello" (p. 117). "Es gente muy partida de lo que tienen unos con otros" (p. 51). "Aquello que tenían nos lo daban de buena gana y voluntad y holgaban de quedar sin comer por dárnoslo" (p. 83). Y también los náufragos aprenden a compartir: "Venían a conocernos, a fin de que nos diesen cuanto traían,

porque sabían que nosotros no tomaríamos nada y lo habíamos de dar todo a ellos” (p. 105).

Los aridoamericanos robaban, se hacían la guerra unos a otros y podían ser muy crueles, cosa que Alvar sabía bien, de modo que su idea acerca de ellos no tiene nada que ver con el “buen salvaje” de Rousseau; un concepto acuñado por quienes veían a los rústicos de lejos o simplemente se los imaginaban.

Cuando empiezan a llegarle las noticias y los efectos de las tropelías de los españoles, Alvar los sufre literalmente en carne propia. Y su narración, posiblemente dictada un par de años después, no es reconstrucción de oídas y a toro pasado, sino experiencia viva y compartida.

“Anduvimos mucha tierra y toda la hallamos despoblada, porque los moradores de ella andaban huyendo por las sierras, sin osar tener casas ni labrar, por miedo de los cristianos.

“Fue cosa que tuvimos muy gran lástima, viendo la tierra muy fértil, y muy hermosa, y muy llena de aguas y de ríos, y ver los lugares despoblados y quemados, y la gente tan flaca y enferma, huida y escondida toda; y como no sembraban, con tanta hambre se mantenían con cortezas de árboles y raíces.

“De esta hambre a nosotros alcanzaba parte en todo este camino, porque mal nos podían ellos proveer estando tan desventurados, que parecía que se querían morir.

“Trajéronnos mantas de las que habían escondido por los cristianos, y diéronnoslas, y aun contáronnos cómo otras veces habían entrado los

cristianos por la tierra, y la habían destruido y quemado los pueblos, y llevado la mitad de los hombres y todas las mujeres y muchachos, y que los que de sus manos habían podido escapar andaban huyendo.

“Como los víamos más atemorizados, sin osar parar en ninguna parte, y que ni querían ni podían sembrar ni labrar la tierra, antes estaban determinados a dejarse morir, y que esto tenían por mejor que esperar y ser tratados con tanta crueldad como hasta ahora allí.

“Siempre hallábamos rastro y señales donde habían dormido cristianos [...] Nuestros mensajeros nos dijeron que no habían hallado gente, que toda andaba por los montes, escondidos, huyendo, porque los cristianos no los matasen y hiciesen esclavos; y que la noche pasada habían visto a los cristianos, estando ellos detrás de unos árboles mirando lo que hacían, y vieron cómo llevaban muchos indios en cadenas...” (p. 114, 115, 116).

Lo aquí narrado –que, aunque escrito por un español, es tan elocuente como las “voces de los vencidos” recopiladas por León Portilla– corresponde al tiempo en que los náufragos convivían con los indios. Pero la desquiciante iluminación, la catarsis identitaria les llega a Alvar y los suyos cuando se encuentran con los conquistadores.

Así describe la apariencia que debieron haber tenido los extraviados, el jesuita Andrés Pérez de Ribas, en su obra *Historia de los triunfos de nuestra santa fe entre las gentes de las más bárbaras y fieras del Nuevo Orbe*: “En su traje y vista no se diferenciaban de los nativos, porque vestidos ya hacía años

que no los alcanzaban y estaban tan tostados del sol y criado el cabello como los bárbaros en cuya compañía habían peregrinado" (citado en *Páginas para la historia de Sonora y Sinaloa*, p. 46).

Alvar cuenta lo mismo, pero desde el otro lado: "Este día anduve diez leguas, y otro día de mañana alcancé cuatro cristianos de caballo, que recibieron gran alteración de verme tan extrañamente vestido y en compañía de indios. Estuviéronme mirando mucho espacio de tiempo, tan atónitos, que ni me hablaban ni acertaban a preguntarme nada" (p. 118).

Éste es, para mí, el momento decisivo; la culminación de una intensa y prolongada experiencia transcultural que culmina en el instante en que el jerezano se ve en los ojos "tan atónitos" de sus compatriotas como el indio en que se ha convertido. Al tiempo que los ve a ellos como los hideputas que son.

Después de la primera sorpresa y desempolvando un castellano que tenía casi olvidado, el extraviado se da a conocer y trata de defender a sus camaradas nativos. Ésta es la suavizada versión de Pérez de Ribas: "Valióles la plática para no caer en las cadenas y collares de esclavos, pero no para que parase la codicia del capitán que prosiguió en su intento de capturar indios" (Pérez de Ribas, p. 46).

Y así lo cuenta Alvar, en un pasaje prodigioso por su poder narrativo, que sintetiza la diferencia entre confraternizar y oprimir, entre sanar y matar, entre compartir y saquear, entre venir de donde sale el Sol y venir de donde el Sol se pone.

“Pasamos muchas y grandes pendencias con ellos [los españoles] porque nos querían hacer los indios que traímos esclavos [...] Vímonos con los indios en mucho trabajo porque se volviesen a sus casas [...] Ellos no querían sino ir con nosotros [...] A los cristianos les pesaba esto y hacían que su lengua [traductor] les dijese que nosotros éramos de ellos mismos, y que nos habíamos perdido muchos tiempos había, y que éramos gente de poca suerte y valor, y que ellos eran los señores de aquella tierra, a quienes había de obedecer y servir.

“Mas todo eso los indios tenían en muy poco o nada de lo que les decían; antes, unos con otros entre sí platicaban, diciendo que los cristianos mentían, porque nosotros veníamos de donde salía el Sol, y ellos de donde se pone; y que nosotros sanábamos los enfermos, y ellos mataban los que estaban sanos; y que nosotros veníamos desnudos y descalzos, y ellos vestidos y en caballos y con lanza; y que nosotros no teníamos codicia de ninguna cosa, antes todo cuanto nos daban tornábamos luego a dar, y con nada nos quedábamos, y los otros no tenían otro fin sino robar cuanto hallaban, y nunca daban nada a nadie.

“De esta manera relataban todas nuestras cosas y las encarecían, por el contrario de los otros [...] Finalmente nunca pudo acabar con los indios creer que éramos de los otros cristianos” (p. 121).

Y es que después de nueve años de convivencia, ciertamente ya no lo eran.

“Hombres humanos”

Alinear con los aridoamericanos, tomar partido por quienes a la postre serán vencidos, como lo hace Alvar Núñez Cabeza de Vaca, no es presentarlos como víctimas –aunque lo hayan sido– sino mostrarlos como mujeres y hombres entrañables que, si no levantaron grandes templos, como los aztecas, tejieron en cambio formas de vida sutiles y admirables en un mundo donde había que ser muy aferrado y muy ingenioso, sólo para seguir vivo.

Un mundo de amplios horizontes que en ausencia de los complejos sistemas verticales que edificaron los grupos hegemónicos del centro de México, era prodigioso en su horizontal diversidad: cutalaches, malicones, coayos, nebomes, susolas, atayos, cutalchiches, arbadaos... enumera Alvar. “Porque, aunque sabíamos seis lenguas, no nos podíamos en todas partes aprovechar de ellas, porque hallábamos más de mil diferencias”(p. 111), dice el jerezano. Y de algunas de estas inagotables diferencias da cuenta en *Naufragios*, mínimo tributo a la fraterna solidaridad de quienes le compartieron su maíz, sus nueces, sus tunas, sus pieles de bisonte...

“Esto he querido contar, porque allende que todos los hombres desean saber las costumbres y ejercicios de los otros. Y para que se vea y se conozca cuán diversos son los ingenios e industrias de los hombres humanos” (p. 88, 108).

Porque para Alvar no hay duda, aunque descalzos y desnudos, sus hermanas y hermanos de Aridoamérica son “hombres humanos”; mucho más humanos que los otros.

ENDEREZANDO LA POLÍTICA EXTERIOR

Apenas da sus primeros pasos cuando la 4T ya enfrenta los grandes retos de la política exterior. Y el hombre para el que no existía el mundo y ni siquiera tenía pasaporte, llama fuertemente la atención por su firme, hábil y eficaz manejo de los asuntos políticos externos.

En el período de transición, López Obrador evitó que Peña Nieto concluyera a su modo la negociación del T-MEC, obligándolo a aceptar la participación de un representante suyo, Jesús Seade, por cuya intervención se logró ratificar enfáticamente la soberanía de México en lo tocante al petróleo y que la vigencia del tratado fuera de 16 años y no de cinco como pretendía Trump. Eficaz activismo diplomático que para diciembre de 2019 había logrado un primer acuerdo en el Tratado; nuevo consenso donde un aspecto fundamental son los derechos laborales de los trabajadores mexicanos, cuestión que interesa a los sindicatos estadounidenses preocupados por preservar sus empleos, pero también a la clase obrera de nuestro

país cuya sobreexplotación ya no debe ser nuestra mayor ventaja comparativa.

En el caso de la fracasada ofensiva de los EU y de la OEA contra el gobierno legítimo de Venezuela y a favor del golpe de Juan Guaidó, México sostuvo contra viento y marea la política de no intervención sustentada en la llamada doctrina Estrada, vuelta Ley en 1930, y con Uruguay impulsó un mecanismo de negociación. No fue sólo por la postura de nuestro país sino sobre todo por la férrea resistencia de los venezolanos, pero el hecho es que Guaidó gesticula en el vacío y la derecha perdió la brújula.

A fines de 2019 la derecha boliviana y a trasmano el imperio, aprovecharon que la victoria en primera vuelta de la candidatura de Evo Morales a la Presidencia de ese país fue ajustada, para operar un golpe policiaco militar que forzó la renuncia del presidente legítimo y ha causado decenas de muertos entre quienes se resisten a la imposición. Además de exigir en la OEA que se respetara la legalidad, México repudió el golpe, acogió en la embajada a muchos perseguidos y no sólo dio asilo a Evo y al vicepresidente García Linera, sino que los rescató de un riesgo de muerte mediante una plausible hazaña diplomático-aeronáutica.

Tenemos más de tres mil kilómetros de frontera con EU y la mayor parte de nuestro comercio exterior es con este país donde, además, hoy gobierna un payaso siniestro que la trae con nosotros. Aun así, el gobierno de López Obrador ha dado ejemplo de dignidad, firmeza y habilidad en el manejo de la política exterior.

Éxodo

En el peliagudo caso de los migrantes y la amenaza de Trump de gravar progresivamente las importaciones mexicanas si no nos plegábamos a su política, México mantuvo sin variación su planteo de fondo: contrarrestar las causas mediante un programa de desarrollo para el sureste y Centroamérica. Proyecto que en nuestro país ya arrancó con Sembrando Vida Migrante, Emergencia Social, Viveros Forestales y Sistema Producto-Empresas.

De cobertura mesoamericana, el diseño del programa fue acompañado por la Cepal; se está concertando con los gobiernos de Guatemala, Honduras y El Salvador; lo ven con simpatía la FAO y otras agencias de la ONU; cuenta con el apoyo de los mayores países europeos que ya aportaron recursos; fue recogido por el G 20 en la reciente reunión de Tokio y, a regañadientes, fue aceptado por EU.

En cuanto al creciente éxodo, México no modificó un ápice su política migratoria constitucional y su adhesión a los acuerdos internacionales al respecto. Postura consistente en abrir sus fronteras a quienes solicitan asilo en el país, y ofrecer trabajo a los que quieran quedarse.

Lo único adicional que ofreció –y ha venido cumpliendo– fue reforzar aceleradamente los controles en las franjas fronterizas, que antes eran insuficientes, laxos y, en lo tocante al INM, notoriamente viciados y corruptos. Porosidad y desorden que, con las visas humanitarias y otras señales de paso libre, tuvieron un “efecto llamada” que incre-

mentó dramáticamente el flujo humano, alentando a los promotores de caravanas, facilitando la acción criminal de los traficantes de personas y poniendo en riesgo la vida de los propios migrantes. El fenómeno era explosivo pues los 14 mil caravaneros de enero de 2019 ya eran 140 mil para mayo. Resultaba pues urgente recuperar el control, antes de que el torrente se saliera de cauce. Y se logró; de junio de 2019 –en que se empezó a meter orden– a septiembre de ese año, el número de migrantes captados por el INM se redujo a la mitad, pasando de 27 mil a 11 mil, y en los meses siguientes ha seguido disminuyendo.

Estrategia compleja y difícil de implementar que ciertamente no termina con el sufrimiento de los peregrinos, atrapados entre una Centroamérica inhabitable y un “sueño americano” que Trump se empeña en transformar en pesadilla, pero que cuando menos lo atenúa.

¿Quién ganó?

De hecho, en el diferendo con México, el *showman* de la Casa Blanca refuló. Así lo reconoció Paul Krugman, Premio Nobel de Economía: “El presidente Trump cedió mientras fingía que ganaba”. Atrapado entre su temeraria amenaza de imponer un 5% de arancel a las importaciones mexicanas y la oposición que generó entre los empresarios estadounidenses, los expertos y su propio partido, el bocón de Trump tuvo que tragarse sus palabras y aceptar que México siga haciendo lo que ya venía haciendo: en la frontera sur ordenar el ingreso

de migrantes mediante migrantes que piden refugio al tiempo que frena al indocumentado, y en la frontera norte recibir por razones humanitarias a quienes esperan que se resuelva su solicitud de asilo en EU, sin aceptar las implicaciones que tendría ser tercer país seguro. Por su parte, aunque no ha definido plazos y montos, Trump tuvo que asumir la propuesta de México de atacar las causas de la migración mediante un programa de desarrollo.

A los que con tal de seguir atacando a López Obrador dicen que nos plegamos a las exigencias gringas, no les importa hacerse eco del hueco triunfalismo de Trump. Paul Krugman, en cambio, traduce así el discurso oculto tras los *tuits* del magnate: “Recibí tan poco a cambio de todas mis amenazas que tengo que inventar victorias imaginarias (no hubo trato en productos agrícolas)”.

Los exabruptos malinchistas de quienes proclaman que cedimos ignominiosamente, no han sido sin embargo desmentidos pues, paradójicamente, abonan la causa de México. Y es que lo que Trump realmente buscaba no era gravar las importaciones, ni siquiera reducir efectivamente la migración que llega al Río Bravo, sino poder proclamar ante sus electores que él era el vencedor; que con sus desplantes de brabucón cantinero nos había metido miedo. Un precio muy bajo, que pagamos sin desdoro.

Adelante don Trump; si necesita decirles a sus electores que ganó, dígaselo; dígaselo con confianza y siga con su campaña por el voto... Entendiendo que el interés de Trump era meramente comicial, México diseñó una jugada diplomática de filigrana: quebramos el cuerpo y el toro se fue tras de la capa.

*

Es posible que el éxodo inducido ceda –en realidad cedió notablemente– pero seguirá el estructural. De modo que seguiremos teniendo que lidiar con un problema cuyos detonantes no están aquí sino en Centroamérica y en EU. Culpabilizar del sufrimiento de los migrantes al gobierno de López Obrador que decidió abordarlo como una cuestión humanitaria, es injusto o interesado.

A todos sin excepción nos incumbe y estruja la muerte de Óscar y Valeria. Pero a la familia salvadoreña que cruzó México con visas humanitarias y llegó a un albergue de Matamoros para encontrarse con la frontera estadounidense cerrada, la mató la política migratoria de Trump, no la nuestra.

LOS CULICHIS Y EL NARCO

La mañana y del 5 de noviembre en sesión solemne los diputados locales de Sinaloa acordaron por unanimidad poner en letras doradas el nombre del comunista Arnoldo Martínez Verdugo, nativo de Pericos, en el local legislativo. Después del acto protocolario me tocó dar una conferencia sobre los retos de la izquierda en el siglo XXI. En los dos eventos ondearon banderas rojas con la hoz y el martillo y se exaltó el heroísmo de los luchadores comunistas. No cabe duda de que los tiempos están cambiando... Aunque no tanto, pues el día anterior se fracturó en dos la bancada de Morena, impulsora del reconocimiento al líder. Ya estaría de Dios.

Hace calor en Culiacán y al atardecer algunos diputados y diputadas me invitan a tomar cerveza en las calles céntricas que los fines de semana se vuelven peatonales. Entre tarros helados, pizzas crujientes y estridente música en vivo hablamos de la 4T, de la crisis de Morena, de las movilizaciones populares en Chile y Ecuador... De pronto una diputada sigue con la mirada a un grupo de jóvenes que parecen buscar mesa y me dice: "Esos plebes que vienen pasando son narcos. ¿Cómo ves?"

Y es que en la capital sinaloense cruzarse con los narcos es normal y todos tienen algún pariente o conocido que anda en la movida. No es que les guste, pero así es.

Sinaloa es un estado donde desde siempre se asienta el narcotráfico, pero en el que paradójicamente la violencia ha venido disminuyendo. Quizá porque el cártel que encabeza *El mayo* Zambada se dedica a lo suyo –el tráfico de drogas– y no al robo, el secuestro, el cobro de piso y otros delitos asociados que agreden directamente a la población.

Por eso la frustrada detención el 17 de octubre de Ovidio Guzmán, poco relevante en la nomenclatura del cártel y sin orden de aprehensión en México, pero hijo de *El Chapo*, resultó de una torpeza inaudita.

No porque haya estado mal preparada –que lo estuvo– sino porque golpea innecesariamente un avispero delincuencial que se mantenía con bajo perfil. Los culichis del común saben que el narco está ahí y no les gusta. Menos les gustó patentizar su capacidad de fuego el jueves negro. Quisieran, como todos, librarse del narco, pero entienden que no se logrará con golpes espectaculares a los presuntos jefes, acciones que sólo alborotan a las avispas y estresan a la población.

Los delitos de alto impacto deben ser combatidos directamente y con la fuerza pública, para eso está la Guardia Nacional, distribuida en cuadrantes. El negocio global del narcotráfico, en cambio, tiene que desmantelarse de otra manera. El pendejo que creyó que se podía parar el cuello ofreciéndole a los gringos la cabeza de un Guzmán, es un irresponsable y debe ser sancionado.

Hay que enderezar el entuerto culiacanense, pero dejando claro que la política de seguridad de la 4T es muy distinta. Lo han dicho una y otra vez López Obrador y Alfonso Durazo: la nueva política consiste en enfriarle el agua a los carteles con programas de inclusión social dirigidos sobre todo a los jóvenes, darle seguridad a la población mediante una fuerza pública territorializada y trabajar en el desmantelamiento del narcotráfico no mediante la prohibición sino yendo a sus raíces: la ilegalidad que hace crecer el negocio y la simbiosis entre los capitales legítimos y los ilegítimos.

En cambio, la derecha pide sangre. Los panistas y priistas que desataron la matazón ahora tan difícil de parar, quieren que se reanuden los combates. Expertos, periodistas y políticos como Edgardo Buscaglia, Ricardo Ravelo y Agustín Basave proclaman que se trata de una guerra y que como tal hay que afrontarla. La mayor parte de la prensa clama por balazos y no abrazos. Los culichis, en cambio, dicen que eso ya lo vieron y que no sirve.

“Los que piden guerra es porque no les han tocado los balazos en su calle o frente a la escuela de los niños –comentan mientras me llevan al hotel. El narco es un cáncer, pero hay que buscarle por otro lado.”

En eso estamos.

MÁS SOBRE LAS POLÍTICAS DEL “NO” ¿Por qué ceder el medio campo?

Décadas de resistencia al neoliberalismo nos pusieron a la defensiva. Acosadas por planes agresivos y tratando de preservar lo poco que tenían, las comunidades rurales aprendieron a oponerse; a rechazar proyectos que en nada las beneficiaban, pero sí amenazaban su patrimonio y sus territorios. Resistencia que se combinó con reivindicaciones mínimas de salud, educación, ingreso...

Los grupos más experimentados y sus aguerridos acompañantes de la llamada “sociedad civil”, desarrollaron así una estrategia reactiva. Una respuesta básicamente conservadora a los ominosos cambios impulsados por los gobiernos anteriores, que hoy les impide ver las oportunidades que ofrecen las renovadoras iniciativas de la 4T, siempre y cuando éstas se asuman de manera crítica y propositiva.

Así, por ejemplo, portavoces de las comunidades zapotecas, chontales, mixes, ikoots y zoques del Istmo de Tehuantepec que –como ellos mismos dicen– padecen “pobreza, violencia, desempleo, falta de hospitales y escuelas”, exigen que el

gobierno atienda estas demandas. Y que lo haga “antes de pensar en un megaproyecto” como el transístmico (Alberto López, “Alistan amparos contra el Corredor Interoceánico”, *El Universal*, 23/06/19).

En consecuencia, organizaciones como Asamblea en Defensa de la Tierra trataron de impedir la consulta sobre un Programa de Desarrollo para el Istmo que organizó el gobierno federal el 30 y 31 de marzo. Además de que decidieron ampararse contra el decreto del 13 de junio por el que se creó el organismo denominado Corredor Interoceánico del Istmo de Tehuantepec.

Es su derecho. Pero lo que no se entiende es por qué contraponer la legítima exigencia de que se satisfagan necesidades puntuales de los pobladores, con la igualmente legítima participación de estos en el diseño de un proyecto de desarrollo para la zona. Un plan que sin duda incluirá inversiones privadas (lo que no está mal si se controla su impacto socio ambiental), pero que deberá incluir también propuestas de interés social que en el pasado fueron frenadas por la desidia o franca oposición de los gobiernos federal y estatal.

Salvar la pesca

Una de estas propuestas es la urgente intervención del sistema hidrológico del que depende la existencia de la etnia Ikoot. Establecidos en los municipios de San Mateo del Mar, San Dionisio del Mar, San Francisco del Mar y una agencia de Juchitán, Santa María del Mar, los Ikoot son un pueblo de

pescadores cuya vida se sustenta en el sistema formado por la Laguna Superior y la Laguna Inferior -conectadas al mar- y ríos como Los Perros, que las alimentan de agua dulce. El cierre de la bocaneta Santa Teresa y la creciente contaminación del río, han ocasionado un serio declive de la captura de peces y moluscos, y con ello, de la economía de los Ikoot.

El problema tiene remedio, pero demanda obras importantes y costosas que habrán de asumir la federación y el gobierno del estado y que deberían estar consideradas en el nuevo Programa de Desarrollo de Istmo. Sin embargo, hasta donde yo sé los Ikoot no las están impulsando pues, cuando menos algunos, han elegido oponerse de plano al proyecto.

Cultivar el viento

Otro caso es el de los parques eólicos; una modalidad renovable y poco contaminante de generar energía eléctrica, que sin embargo en el Istmo ha sido combatida por los dueños de las tierras debido a la forma invasora, excluyente e inicua como ha sido implementada, sobre todo por empresas extranjeras que de esta manera están privatizando el viento. Y uno se pregunta: si las comunidades istmeñas han capoteado las furias de Eolo cultivando el zapalote chaparro, un maíz de baja talla al que no tumba el aire, por qué no aprovechar ese mismo viento estableciendo por su cuenta parques eólicos comunitarios.

Ya lo intentaron. En 2007 los comuneros de Ixtepec, informados por la Comisión Federal de

Electricidad (CFE) de que se pretendía construir una subestación eléctrica en sus tierras, formularon un proyecto de desarrollo que entre otras cosas incluía un parque eólico comunitario en el que los campesinos “cultivaran no la tierra sino el viento”. Para su diseño se apoyaron en una fundación estadounidense llamada Yansa y para la tecnología buscaron asociarse con Siemens. El proyecto, sin embargo dependía del apoyo del gobierno y sobre todo de los permisos de la CFE y la Secretaría de Energía, quienes le pusieron toda clase de trabas y finalmente en 2012 le cerraron las puertas y dieron las adjudicaciones a trasnacionales como Green Power (José Gil Olmos, Pedro Matías, Marta Molina y Paulina Ríos, “La falsa ilusión de los ‘molinos de viento’”, *Proceso*, n. 2225, 23/06/19).

Aun así, los comuneros se ampararon contra la CFE y aunque en 2017 un alcalde priista de Ixtepec se desistió, han seguido insistiendo.

Esto en Ixtepec, donde la reapropiación del viento la impulsa una cooperativa de comuneros. Pero también en Juchitán se proponen rescatar de las trasnacionales su recurso, sólo que en este caso la iniciativa es de la alcaldía, que busca lograr el autoabasto de energía mediante una eoloeléctrica municipal. El 1 de febrero de 2019 el presidente López Obrador canceló las subastas y licitaciones eléctricas que privatizaban aún más la generación.

Todo indica, pues, que ha llegado el momento de retomar el proyecto de parques eólicos comunitarios, en que los campesinos no “cultiven la tierra sino el viento”. Pero la bandera de la resistencia istmeña más visible es “No a las eólicas, que

son proyectos de muerte”, con lo que estos grupos organizados y experimentados se excluyen de un proyecto que en términos de conversión energética es sin duda plausible y que bien diseñado puede ser socialmente incluyente.

Críticas con propuesta

No todos caen en la trampa de la autoexclusión. Los ambientalistas más consecuentes e informados acostumbran cuestionar con rigor y severidad los riesgos ecológicos que conllevan algunos proyectos de la 4T. Pero no se erigen en profetas del “No”, y casi siempre acompañan sus críticas con propuestas. El Centro Universitario para la Prevención de Desastres Regionales (Cupreder) de la Universidad de Puebla, por ejemplo, fue uno de los primeros en cuestionar el gasoducto de Puebla, Tlaxcala y Morelos y la termoeléctrica de Huexca, y sus observaciones al respecto son precisas e insoslayables. Pero a diferencia del Frente de Pueblos en Defensa del Agua, el Centro no se opone a rajatabla, y en cambio plantea opciones. Así lo expone Aurelio Fernández, que es uno de sus animadores:

“Me preguntaron: ¿se puede conciliar la conclusión de la obra del PIM con la solución de los riesgos que conlleva? Sí, digo, a condición de cumplir con estos requisitos: No hacer ramales de gas, usarlo únicamente en la generación de energía en Huexca; revisar en detalle el trazo del ducto [...]; garantizar la reacción al transportar el gas durante un evento volcánico peligroso; garantizar el cuida-

do del ducto en relación al robo de combustible; revisión del sistema de enfriamiento de las termoeléctricas, prefiriendo el método seco o de agua reciclada; cuidado de otros contaminantes producidos; y, un aspecto crucial, la conciliación con los actores sociales que han participado en este proceso a lo largo de muchos años”.

Y lo mismo el Tren Maya. El año pasado Víctor Toledo, quien hoy es secretario de Medio Ambiente del nuevo gobierno y como tal tendrá que evaluar las manifestaciones de impacto ambiental de proyecto peninsular, escribió en un artículo publicado en *La Jornada* que los efectos del Tren Maya “dependerán del juego de fuerzas políticas, económicas y culturales que desencadene [...] Para que sea la realización de un sueño y no una pesadilla debe inscribirse en un Plan Maya por la Vida en toda la región [...] Ello supone la participación articulada de los gobiernos federal, estatales y municipales, y de estos con las comunidades, pueblos y ciudades. Dicho Plan, que debe encabezar el nuevo gobierno, debe reconocer este ‘conflicto civilizatorio’, ponerse del lado correcto y realizarse con la colaboración no sólo de los pueblos mayas sino de los académicos, investigadores y técnicos, las organizaciones conservacionistas y las empresas sociales y privadas de la región”.

El “No”, habitualmente acompañado de juicios de amparo dirigidos a parar las obras, es una forma de autoexcluirse. Y si los planes de todos modos van –como irán– algunos de los actores sociales realmente comprometidos con la gente, pero que simplemente se opusieron, quedarán fuera

de la jugada, mientras que otros, como los grandes empresarios, presionan de diferentes maneras para orientar los proyectos a favor de sus intereses. Para los equipos llaneros jugar a la defensiva y ceder el medio campo es una mala estrategia. Y más cuando con la 4T podríamos ir de gane.

“Ventanas de oportunidad”

Aunque algunos los ven como amenaza, los planes regionales de desarrollo pueden, al contrario, ser la oportunidad para detener tendencias destructivas que vienen de atrás. Porque en muchos casos los territorios que defendemos están socio ambientalmente deteriorados y urge emprender su recuperación, no sólo restauradora sino con un sentido de cambio.

La Riviera Maya es un desastre; en Cancún, Mérida y Ciudad del Carmen la urbanización salvaje es imparable; las carreteras fracturan el hábitat de la fauna peninsular; la laguna de Bakalar apesta; la soya transgénica amenaza a los apicultores yucatecos; los menonitas arrasan la selva... Entonces, el Tren Maya puede ser parte del remedio o agravar la enfermedad. De nosotros depende.

Ésa es la idea de López Obrador: “El Tren Maya implica una inversión de cuarenta mil millones –dijo el presidente en Tulum, Quintana Roo. Pero antes tenemos que ordenar el territorio, ordenar el desarrollo, porque ha habido mucho desorden, mucha anarquía, también abusos, despojos de tierra. Hay que poner orden en eso”. Tomémosle la palabra.

“MANOS A LA CUENCA”

Itinerario ejemplar del Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra (FPDT)

*La tierra no se vende, se ama, se trabaja
y se defiende.*

A principios de septiembre campesinos integrantes del FPDT y de la Plataforma Organizativa de Pueblos Unidos contra el Nuevo Aeropuerto y la Aerotrópolis (POPUNAA), presentaron a la Comisión Nacional del Agua una propuesta de restitución de tierras, restauración ambiental y desarrollo social y agropecuario llamada Manos a la Cuenca. Un proyecto integral dirigido no sólo a resarcir los daños causados por el inicio de las obras del Nuevo Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México (NAICM), sino también a recuperar la vitalidad ambiental, productiva y social de una zona de por sí dañada. Con esto los campesinos organizados de la región pasan una vez más de la resistencia tenaz a la propuesta constructiva, poniendo una muestra ejemplar de visión política. Algo ex-

tremadamente importante hoy, cuando otros grupos prefieren ver a la Cuarta Transformación como amenaza y no como oportunidad.

*

La lucha del FPDT se inicia hace 17 años, a principios de 2002, como respuesta a los decretos expropiatorios de octubre del año anterior, con los que el gobierno de Vicente Fox buscaba procurarse las tierras necesarias para la construcción de un nuevo aeropuerto para la Ciudad de México. Siempre en la línea de preservar su territorio y con ello su forma de vida, la organización pasa por diferentes etapas en que cambian sus objetivos inmediatos, sus aliados y sus formas de lucha. Con aciertos y errores, resultan admirables y aleccionadoras, no sólo su perseverancia sino su capacidad de reinventarse cuando lo exigen las cambiantes circunstancias. En lo que sigue reseño este iluminador curso.

La tierra no se vende, se ama y se defiende

La defensa de los territorios como eje de la más reciente oleada del movimiento campesindio mexicano, que ha durado ya tres lustros, arranca simbólicamente con la oposición a los 19 decretos expropiatorios sobre tierras de 13 ejidos de los municipios de Atenco, Texcoco y Chimalhuacán, a la que los pobladores reviran con la formación del FPDT. Convergencia que, enarbolando simbólicos machetes, organiza marchas, mítines, plantones y

bloqueos a la carretera Pirámides-Acolman. El gobierno responde con represión violenta y detenciones, pero la simpatía que despiertan los defensores en ecologistas, opositores diversos y en el propio gobierno del Distrito Federal (que también se opone al aeropuerto en ese lugar), hacen que Fox tenga que negociar y que, finalmente, recule. A mediados de 2002, cuando se cancela el proyecto, según las encuestas, el 85% de los mexicanos rechazaban el nuevo aeropuerto en Texcoco-Atenco, en una muestra de la capacidad del Frente para construir consensos amplios.

El Séptimo de caballería

A esta etapa de resistencia siguen cuatro años de expansión nacional y profundización regional, en los que el triunfante FPDT se mueve por todo el país apoyando las más diversas luchas sociales y ganándose el apodo del El Séptimo de caballería (cuerpo militar que en las películas sobre el Oeste es el siempre oportuno defensor de las caravanas amenazadas). Paralelamente, en su municipio y en otros de la cuenca, el Frente busca impulsar proyectos productivos que le den sustento y arraigo a unos pueblos estragados que están abandonando la agricultura y cuyos jóvenes desertan. La solidaridad política es efectiva, las acciones de fomento socioeconómico no tanto.

“Fuimos provocados y caímos en la provocación”

A principios de mayo de 2006, en el contexto de la campaña electoral en que López Obrador busca

la Presidencia de la República y el subcomandante Marcos del EZLN recorre el país al frente de La Otra Campaña, la defensa por el Frente de un pequeño grupo de floristas de Texcoco, es utilizada por el gobierno estatal de Peña Nieto y federal de Vicente Fox, para ponerles una trampa. Provocación que culmina cuando la fuerza pública irrumpe violentamente en Atenco con saldo de un muerto, cientos de lesionados, 207 detenidos y varias mujeres violadas. El montaje no va dirigido contra el EZLN, cuyos ataques a López Obrador (“un peligro para todos”, dice el sub) ayudan al candidato del PAN -Felipe Calderón-, sino contra la Coalición Por el bien de todos, que a causa del temor que despierta el espectáculo de la violencia, pierde votantes. En esta etapa, el FPDT se mueve en el entorno del EZLN, lo que favorece la jugada del gobierno.

¡Presos políticos, libertad!

De los cientos de detenidos, doce son condenados a penas que van de los 31 a los 112 años de prisión. Desde 2006 y hasta 2010, los esfuerzos por sacarlos de la cárcel concentran el activismo de un FPDT que, golpeado, debilitado y puesto a la defensiva, recurre centralmente a la vía jurídica y busca todas las alianzas posibles a través de un amplio Frente Nacional Contra la Represión y un comité de intelectuales llamado Libertad y Justicia para Atenco. Decisiones incluyentes y a la postre exitosas, que sin embargo lo distancian del receloso y poco unitario EZLN. En junio de 2010 la Suprema Corte le enmienda la plana a la Procuraduría del Estado de

México y libera a la totalidad de los presos. Aunque su activismo jurídico da resultados, no contiene el debilitamiento orgánico del Frente ni el desgaste social regional agudizado por los golpes, el divisionismo y la cooptación gubernamental.

El NAICM ataca de nuevo

En septiembre de 2014, en el punto más alto de su credibilidad y amparado en un Pacto por México que paraliza a las oposiciones, Peña Nieto relanza el proyecto del Nuevo Aeropuerto en la cuenca Texcoco-Atenco. Y de inmediato la lucha contra la obra se reanuda. Sin embargo, pese a que se suman a la protesta numerosas comunidades afectadas por la extracción de los materiales pétreos necesarios para cimentar el aeropuerto y pese a que a 12 años de la fundación del FPDT, el movimiento nacional en defensa de la tierra, el agua y la vida se ha fortalecido mucho, las fuerzas opositoras no son suficientes y desde 2015 las obras avanzan imparables. Para 2018 se había ejercido el 30% de la inversión, aunque los progresos físicos eran algo menores.

“La esperanza de México”

Al igual que el rechazo a la Reforma Educativa, el combate al *fracking* y otras luchas de resistencia, la oposición al NAICM moviliza y despierta simpatías, que sin embargo no bastan. Para revertir éstas y otras políticas nefastas, hace falta una fuerza mayor que sólo se consigue unificando las luchas

parciales. Incluyente convergencia que logran Morena y López Obrador, al proponer un cambio de régimen por la vía electoral. Y es precisamente la fusión política de los diferentes descontentos lo que hace posible el triunfo del primero de julio de 2018 y, con él, la reversión de algunos de los mayores agravios de inspiración neoliberal. Entre ellos el NAICM, al que el presidente electo se opone por consideraciones socio ambientales, pero también financieras. La noche de los comicios, el Frente, que se había acercado a López Obrador, celebra el triunfo de éste, del candidato de Morena a la Presidencia Municipal de Atenco y, sobre todo, la fructífera convergencia entre la movilización social y el activismo cívico electoral.

“Yo prefiero el lago”

Pero los intereses detrás del NAICM son enormes y para doblarlos no basta la resistencia de los pueblos de la cuenca y la voluntad política del presidente electo, es necesario también apelar la opinión pública mediante una consulta ciudadana con dos opciones para el aeropuerto: Texcoco y Santa Lucía. Al principio el FPDT se opone a la propuesta de López Obrador, pues con base en su experiencia local calcula que ganará la opción Texcoco. En abono de su oposición sostiene que no hace falta consultar, pues los pueblos ya se expresaron.

Se confrontan aquí dos tácticas: la que apuesta a hacer valer los puntos de vista calificados de las minorías organizadas y la que elige apoyarse en la opinión de la ciudadanía en general. Desen-

cuentro no necesariamente antagónico entre el discurso particularista propio de los movimientos locales y el necesario universalismo del discurso del Estado, que a diferencia de la polarización que se ha presentado en otros casos (Huexca, Istmo), en el caso del aeropuerto se resuelve con un acuerdo. En la consulta, donde se pone en juego el pegador lema “Yo prefiero el lago”, gana de calle la opción de Santa Lucía. De inmediato López Obrador anuncia la futura cancelación del NAICM.

De la protesta a la propuesta

Muchos sabíamos que el mayor peligro para la cuenca no era tanto el NAICM como la urbanización salvaje que ya anunciaba la incontenible especulación con la tierra favorecida por el deterioro del tejido social que venía padeciendo la región. Y sabíamos que sin medidas enérgicas de restauración socio ambiental, la decadencia seguiría aun si se cancelaba el aeropuerto. De modo que nos preocupó el silencio que por casi un año guardó el Frente. Ahora sabemos que estaban trabajando en el proyecto Manos a la Cuenca, que el FPDT y la POPUNAA presentaron hace unos días a la CNA en presencia de representantes de la Secretaría de Gobernación y de la Presidencia de la República. Y nos alegra, pues además de la devolución de 5 mil 200 hectáreas y la restauración de daños ambientales, en el plan que formularon conjuntamente expertos y comunidades, se demanda el impulso gubernamental al desarrollo económico y social de la cuenca, con énfasis en lo agropecuario

y en la preservación de la biodiversidad. Con esto el Frente recupera la línea de trabajo regional desarrollada entre 2002 y 2006, que entonces no prosperó -pues al gobierno no le interesaba el desarrollo campesino de la cuenca-, pero que en el marco de una 4T comprometida con el agro y el medioambiente, es altamente promisorio.

Los 149 amparos contra Santa Lucía

Muy distinta de la que impulsó el FPDT es la lucha que desarrolla el Frente de Pueblos Originarios en Defensa del Agua (FPODA), integrado por habitantes de Tecámac y Zumpango, que se oponen al aeropuerto en Santa Lucía. No sólo porque en este caso el daño socioambiental que causará la obra es mucho menor y hay medidas de mitigación (por ejemplo, el agua que es la principal restricción se traerá de El Mezquital y servirá no sólo para el campo de aviación sino también para el abasto local), también y sobre todo por la composición del frente opositor de facto en el que se inscribe el FPODA, animado principalmente por la asociación Mexicanos contra la Corrupción y la Impunidad, que preside el impresentable Claudio X. González Guajardo, a la que apoya el Consejo Coordinador Empresarial y cuyo propósito explícito es parar la obra de Santa Lucía y reanudar la de Texcoco, en la que tienen cuantiosos intereses. Es incuestionable el derecho de los pobladores de Tecámac y Zumpango que se sientan afectados, a reivindicar sus derechos; no lo es el que, en vez de deslindarse, en la práctica se alíen con el antiobradorismo empresarial más cavernario.

“Si Texcoco tenía 35% de avance y se pudo tirar, nosotros tenemos confianza en que Santa Lucía será también cancelado”, dice el vocero del Frente. Pero está equivocado, no sólo porque las repercusiones negativas de la nueva obra son incomparablemente menores, sino porque la composición de fuerzas es en este caso radicalmente distinta; los pueblos de Atenco y Texcoco tenían una década en pie de lucha, buscaron –y consiguieron– la alianza con el candidato López Obrador y luego con el nuevo gobierno, y junto con Morena y otros apoyadores ganaron abrumadoramente una consulta ciudadana. Nada que ver.

Las dimensiones del arraigo

La magnitud de la energía social con que se defiende un territorio depende del arraigo de sus pobladores. Y en el arraigo se combinan tres factores temporales: el pasado que es la profundidad histórica de un pueblo, sus raíces ancestrales; el presente que es la cohesión, la densidad de las relaciones sociales, la calidad de la organización disponible; y el futuro que son los planes, los proyectos esperanzadores familiares o comunitarios que la amenaza territorial pone en riesgo. El arraigo de Atenco, como el de otros muchos pueblos acosados, se alimenta del pasado y el presente: de sus hondas raíces y de su buena organización. Pero, como palanca de la resistencia, el futuro era débil, pues la vida económica y social de la cuenca se ha venido degradando y no se veía claro cómo revertir el deterioro y reavivar la esperanza. Y si los jóvenes no

ven su porvenir en la región, ¿para qué defender el territorio? Por eso, cuando pudo, el FPDT impulsó proyectos locales y regionales de desarrollo productivo, que el gobierno nunca respaldó, sino que sabotó. Todo indica que ahora será diferente, pues Manos a la Cuenca tiene el apoyo del gobierno federal. Todo hace pensar que en la cuenca se empieza a restablecer la esperanza y si es así –si los pueblos logran fusionar pasado, presente y futuro– serán invencibles.

La apropiación productiva de los territorios

La ofensiva sobre los territorios de los pueblos y sobre la propiedad social de la tierra, no empezó con los llamados megaproyectos sino con la erosión de la economía campesina, que desde los 80s y 90s del siglo pasado se estancó y retrocedió mientras que se fortalecía la agricultura empresarial. Y sin proyecto de futuro los jóvenes rurales se apartaron física y espiritualmente del campo, debilitando con ello la cohesión social comunitaria. Así las cosas, la ofensiva posterior de los capitales predadores sobre poblaciones de por sí estragadas pudo ser el golpe definitivo. Por fortuna en muchos lugares encontró resistencias, pues la voluntad de seguir siendo campesinos es un hueso duro de roer. Sin embargo, no es eterna y si no soldamos los eslabones de la cadena generacional campesina, que se rompió con la desertión de los jóvenes, a la larga la lucha está perdida. En la renovada apropiación productiva de los territorios está la clave de su defensa. La tierra no se vende, se ama, SE TRABAJA y se defiende. ¡¡¡Manos a la Cuenca!!!

LOS MEGAPROYECTOS DE EMILIANO ZAPATA

Yo deseo que los ingenios subsistan; pero naturalmente no en la forma del sistema antiguo, sino como Fábricas Nacionales [...] La caña que nosotros sembremos y cultivemos la llevaremos a estas Fábricas [...] Es indispensable que trabajen los ingenios azucareros porque ahora es la única industria y fuente de trabajo que existe en el estado.

Emiliano Zapata

Durante el porfiriato, las haciendas cañero azucareras fueron los ominosos megaproyectos de Morelos. No sólo se habían apropiado de las tierras campesinas trocando milpas por cañaverales y rodeando los pueblos con amenazantes cercos verdes; las aguas empleadas en la producción de azúcar y alcohol regresaban contaminadas a sus cauces y los bosques eran talados sin clemencia para alimentar las calderas. Tierras, ríos, montes –lo que ahora llaman territorios– usurpados y degradados por una agroindustria expoliadora que de pilón exprimía y maltrataba a los trabajadores de la zafra, a los proverbiales “tiznados del cañaveral”.

Pueblos contra haciendas, campesinos contra terratenientes, diversificadas milpas de autoconsu-

mo contra intensivos monocultivos agroindustriales... proyectos de vida contra proyectos de muerte.

A principios de 1911, las comunidades se alzaron contra la injusticia encarnada en los ingenios, conformando el Ejército Libertador del Sur; una fuerza insurrecta que primero con Madero y bajo el Plan de San Luis, y luego por su cuenta con el Plan de Ayala, expulsó de Morelos a los terratenientes y, junto con otros contingentes campesinos en armas, se deshizo de Porfirio Díaz y, más tarde, de Victoriano Huerta.

“El hacendado se ha constituido en el acaparador de todos los recursos naturales: tierras, aguas, canteras, bosques, plantíos... Para destruirlo y aniquilarlo se ha hecho la revolución”, decía un manifiesto zapatista del 18 de abril de 1916. Y con frecuencia, los alzados que los habían ocupado, quemaban los odiosos ingenios y los hostiles cañaverales. No era para menos.

La Comuna de Morelos

A mediados de 1914, Huerta es obligado a renunciar y en la Convención reunida en Aguascalientes convergen casi todas las fuerzas revolucionarias, incluyendo las de Morelos. Desde entonces y hasta mediados de 1916, el zapatismo es dueño de su estado, y bajo el cobijo del gobierno de la Convención cuyo secretario de Agricultura era el zapatista Manuel Palafox, emprende las transformaciones revolucionarias anunciadas en el Plan de Ayala.

Como era previsible la primera medida es la expropiación de los campos e instalaciones de las haciendas, y la devolución a los pueblos de las tie-

rras que les habían arrebatado. La segunda, en cambio, sospecho que es una sorpresa... cuando menos para algunos lectores actuales de la sabida historia.

A principios de 1915 Zapata no convoca a desmontar de una vez y para siempre los odiosos ingenios, sino a revivirlos, a reactivarlos. Y no sólo eso, el líder que al reintegrarles sus tierras había recomendado a los campesinos sembrar de inmediato alimentarias milpas para evitar el hambre que amenazaba tras de casi cinco años de guerra, ahora recomienda fervorosamente sembrar también redituables cañas.

Reanimar las odiadas agroindustrias y sus hostiles plantaciones, retomar una producción contaminante y ajena a los usos de los pueblos, asumir como propios los antes satanizados megaproyectos del Morelos porfirista... Decisiones que hoy pueden sorprender e incomodar al fundamentalismo oenegenero, pero que en su momento fueron totalmente necesarias, muy sensatas y, además, previstas en los documentos programáticos del zapatismo.

Ratificando el artículo 8 del Plan de Ayala, en el decreto del 5 de abril de 1914, se establece que "las propiedades rústicas nacionalizadas pasarán a poder de los pueblos que no tengan tierras que cultivar [...] o se destinarán a la protección de huérfanos y viudas de aquellos que hayan sucumbido en la lucha". Un decreto posterior es todavía más explícito: "Los bienes nacionalizados deben producir rentas al Erario Nacional [...] Considerando que conviene a todo trance, asegurar la conservación, administración y explotación de dichos bienes". Rentas que

servirán para apoyar viudas y huérfanos, pero también para el pago de la tropa y la compra de armas, además del sostenimiento de los hospitales y el financiamiento del crédito necesario para reactivar la devastada agricultura de la entidad.

El coronel (luego general) Serafín Robles, en 1915 secretario de Zapata, explica la decisión y su contexto:

“Al quedar el estado de Morelos libre de tropas enemigas, los ingenios azucareros, en número de 34, quedaron en buenas condiciones de maquinaria. El general Zapata dispuso que por cuenta de la revolución campesina se empezaran a trabajar los ingenios elaborando azúcar y alcohol. [Uno de ellos fue] el Hospital, cercano a Cuautla, las utilidades que [a ese] ingenio produciría la elaboración de azúcar y alcohol, se destinarían al sostenimiento de las tropas y a socorrer a las personas pobres o enfermas”.

Zapata, apóstol de la caña

En sus memorias, publicadas en el diario *La Prensa* el 6 de junio de 1936, Robles transcribe las palabras de Zapata a los habitantes de una población cercana al ingenio:

“El general se dirigió a los vecinos de Villa de Ayala, en la siguiente forma: ‘Si ustedes siguen sembrando chiles, cebollas y jitomates nunca saldrán de la pobreza [...] por ello deben, como les aconsejo, sembrar caña [...] Desde luego ofrezco a ustedes suministrarles gratuitamente semilla y dinero. [Dinero que] se obtendrá de la venta del azúcar y alcohol que se están elaborando.

‘Yo deseo que los ingenios subsistan; pero naturalmente no en la forma del sistema antiguo, sino como Fábricas Nacionales, con la parte de la tierra que deba quedarles conforme al Plan de Ayala. La caña que nosotros sembremos y cultivemos la llevaremos a sus fábricas [...] Es indispensable trabajar los ingenios azucareros, porque ahora es la única industria y fuente de trabajo que existe en el estado.’”

Y los zapatistas se pusieron manos a la obra.

Rebautizados Fábricas Nacionales, ocho establecimientos agroindustriales pudieron reactivarse y quedaron, al principio, en manos de los generales más conspicuos y confiables. Genovevo de la O fue encargado de Temixco; Eufemio Zapata de Cuautlixco; Amador Salazar de Atlihuahán; Emigdio Marmolejo de El Hospital; Lorenzo Vázquez de Zacatepec; Modesto Rangel de El Puente; Francisco Mendoza de Santa Clara. Gabriel Encinas era el inspector de las Fábricas, que por necesidades de centralización en enero de 1916 quedaron bajo la administración de la Caja Rural de Préstamos.

Las Cajas Rurales de Préstamos, establecidas por Palafox como política nacional, y concretadas en Morelos por Antonio Díaz Soto y Gama –a la sazón encargado del despacho de Hacienda–, eran fundamentales para reactivar la agricultura, pues a cuenta de cosecha anticipaban recursos a los campesinos –mecanismo que trabajaba sobre todo con la caña, misma que era captada y procesada por las Fábricas Nacionales que operaba la misma Caja Rural.

Y es que la pequeña producción doméstica, aun la autoconsuntiva, es menos autárquica de lo

que se piensa y los campesinos siempre necesitan alguna habilitación. Recurso monetario que antes del alzamiento obtenían de la usura o de los ingenios, a los que algunos vendían caña y para los que los más pobres trabajaban como cortadores en la zafra. “En el trabajo a jornal encuentra el campesino fondos suficientes para prepararse para la nueva cosecha”, escribe Díaz Soto y Gama, responsable de la Caja Rural de Préstamos y de las Fábricas Nacionales, que durante el gobierno zapatista trataban de cumplir ambas funciones.

No se puede gobernar -y menos en guerra- sin alguna fuente significativa de ingresos. Y en Morelos, además de algunas minas cuya plata -según menciona Zapata en carta a Jenaro Amezcua- debía servir para comprar armas, fueron los ingenios vueltos Fábricas Nacionales los que habrían de proporcionarlos.

Sus rentas debían servir para sostener la guerra: haberes de los soldados, armas y parque; para gasto social: viudas, huérfanos y hospitales; para fomento productivo: créditos agrícolas de avío y refaccionarios.

Ciertamente, a la postre las Fábricas Nacionales generaron pocos ingresos al zapatismo: la zafra de 1915 fue escasa y a la de 1916 la interrumpió la ofensiva carrancista, cuyas fuerzas se apoderaron de los ingenios y en ocasiones los destruyeron. Pero también es verdad que los campesinos de Morelos preferían sembrar cosas que se podían comer ellos a sembrar caña para alimentar los ingenios. Ésta es la razón de que se haya creado la Caja Rural como mecanismo financiero para indu-

cir su siembra. Y también explica la promoción de la caña que en Villa de Ayala y otras partes hacía el propio Emiliano, con un entusiasmo que a algunos desapercibidos debió parecer contradictorio.

¿Milpas o cañaverales?

El desencuentro entre la lógica autoconsuntiva campesina y las necesidades de una guerra y un gobierno que requerían de alimentos, pero también de agricultura comercial que generara ingresos, lo señala en su *Breve historia del zapatismo*, Felipe Ávila, a quien cito en extenso:

“Para poder financiar la guerra y auxiliar a las viudas de los soldados surianos [las Fábricas Nacionales] requerían contar con un aprovisionamiento regular y suficiente de caña [Sin embargo] muchos pueblos que habían recibido tierras cañeras, decidieron no sembrar más caña de azúcar –el símbolo de la opresión– y regresaron a sembrar sus productos tradicionales [...] sin hacer caso de los llamados de algunos jefes del Cuartel General que les recomendaban sembrar productos de mayor valor comercial, ya que requerían que los ingenios produjeran azúcar y alcohol para poder pagar los gastos del ejército. Incluso Zapata personalmente trató de convencer a los pobladores de Cuautla para que sembraran caña [...] pero no tuvo éxito [...] Se presentó así una contradicción entre las necesidades de la guerra, que implicaban una lógica y una racionalidad comerciales y de eficiencia productiva, que chocaba con las necesidades inmediatas y la visión de la población común

[Por ello] la administración de los ingenios tuvo muchas dificultades [...] Esta debilidad económica de la principal agroindustria regional influyó en la falta de medios para pagar, equipar y abastecer a las tropas surianas”.

Además de devolver las tierras y fomentar la milpa porque había que comer, Zapata y el Cuartel General decidieron activar los ingenios y resembrar caña porque en la perspectiva de gobernar y de conducir la guerra no había de otra y era lo correcto. El que fueran “símbolo de la opresión”, como dice Ávila, o megaproyectos porfiristas, como digo yo, pasaba a segundo plano.

Al establecerse la que Adolfo Gilly llamó “Comuna de Morelos”, se movieron todas las contradicciones regionales. Reacomodo por el que las fábricas y plantaciones que meses antes era entendible y hasta justificable que algunos quisieran quemar, se convirtieron en preciados activos de una revolución en curso.

Y esto había que hacérselo entender a la gente pues estaba en juego el futuro de la insurrección; estaban en juego “los medios para pagar, equipar y abastecer a las tropas surianas”, como bien dice Felipe Ávila.

Cuando Zapata explicaba esto en Villa de Ayala, el líder tenía razón y los que no le hicieron caso estaban equivocados. Porque la restauración de las formas de convivencia y prácticas agrícolas de la comunidad y la activación de unidades productivas grandes gestadas por la modernidad pueden coexistir y fortalecerse mutuamente siempre y cuando la conducción del proceso la tengan

los campesinos. Como era el caso. En cambio, la visión estrecha y el localismo “A mí mis milpas”, siendo entendibles, se convierten en un obstáculo.

Que al alba del siglo XX las revoluciones campesinas –igual que al alba del XXI la Cuarta Transformación– no pueden renunciar a ciertos recursos productivos de la modernidad capitalista a la que resisten (incluidos algunos de los ahora llamados megaproyectos) y que, al contrario, pueden y deben apropiárselos, reorientarlos y ponerlos a su servicio, es algo que sabíamos hace treinta años pero que algunos parecen haber olvidado. En el libro colectivo *De haciendas, cañeros y paraestatales*, escribí sobre el zapatismo morelense:

“El triunfo de la revolución agraria sobre los hacendados es también el triunfo de la milpa sobre la caña, de la labor campesina sobre el cultivo industrial. En el ciclo 1914-15 prácticamente no hay zafra y las siembras emprendidas en estos dos años son fundamentalmente maíz y frijol –que garantizan subsistencia–, y no de caña –que no puede procesarse por falta de ingenios ni puede consumirse.

“Pero la revolución de Morelos no es milenarista; el zapatismo mira hacia delante y no hacia atrás. Si empujados por la perentoria necesidad de alimentos los campesinos abandonan espontáneamente el forzado y expoliador cultivo de la caña, sustituyéndolo por las prácticas agrícolas tradicionales y autoconsuntivas, el mando zapatista tiene una visión más amplia y se dispone a retomar la industria azucarera abandonada por los hacendados, transformándola en un servicio público, en una producción social administrada por el emergente gobierno revolucionario.

“Para el mando zapatista estaba claro que no hay que tirar al niño con el agua sucia; si los hacendados habían introducido el progreso agroindustrial en Morelos, bajo la forma de una producción cañero azucarera coactiva y explotadora, los campesinos revolucionarios podían y debían apropiarse de la modernidad y darle un nuevo cauce. El reto consistía en crear un modelo agroindustrial adecuado a las necesidades de la población trabajadora y compatible con las tareas inmediatas de la guerra.

“Así, a principios de 1915 el zapatismo emprende la rehabilitación de algunos ingenios, que deberían transformarse en Fábricas Nacionales y cumplir tres tareas fundamentales: generar ingresos para los campesinos comprando y procesando su producción cañera, crear empleo asalariado y producir ingresos para el incipiente gobierno revolucionario mediante la comercialización del azúcar.”

Lo que va de los ingenios a las termoeléctricas

Cien años después algunos agricultores de Morelos que trabajan cerca del lugar donde Zapata llamó a sembrar caña, se oponen a la activación de una planta termoeléctrica que al emplear para su enfriamiento agua tratada, pondría en riesgo la condición de agricultores de quienes hoy la emplean para el riego. “Queremos seguir siendo campesinos”, dicen con razón.

En cambio López Obrador –quien hace cinco años cuando la obra apenas se iniciaba y él era opositor– se manifestó en contra; ahora que está

terminada y que el tabasqueño tiene las responsabilidades de un presidente de la República, ha dicho que hay que activarla. Y ha dado sus razones. Como en Villa de Ayala las dio Zapata a favor de los ingenios y la caña de azúcar:

“Yo digo que hay que echarla a andar, pues de no operar se perderían alrededor de tres mil millones de pesos al año. Además de que quedarían enterrados más de veinte mil millones de pesos y tendríamos que seguir comprando energía a las empresas particulares [...] Tenemos necesidad de fortalecer esta empresa productiva de la nación (la Comisión Federal de Electricidad) que fue desmantelada. Que quieren destruirla para que todo el mercado de energía sea manejado por empresas particulares, la mayoría extranjeras, a las que se tiene que pagar subsidio”.

El diferendo tiene solución, pues así como hace un siglo podía haber milpas y también cañaverales, hoy pueden coexistir siembras y termoeléctricas. Lo que no se vale es decir que al proponerse activar la planta generadora, López Obrador ofende la memoria de zapatismo en las mismísimas tierras de Morelos, cuando es al contrario, si Emiliano viviera tomaría en cuenta las necesidades del conjunto, como lo hace Andrés Manuel, y sin duda apoyaría sus argumentos.

ZAPATA EN MOTOZINTLA

Amanece. Por el centro de la calle polvorienta camina despacio un pequeño grupo de fuereños seguido por una cauda de perros flacos. Lo encabeza un hombre moreno y de sombrero ancho que viste calzón y camisa de manta. Arrimadas a los muros de las casas de adobe las familias campesinas los ven pasar en silencio. De vez en cuando una mujer abandona su lugar, corre hacia el de blanco, le besa la mano y regresa presurosa con los demás.

Por fin Zapata ha llegado a Motozintla.

En verdad el que llegó es Mateo, hijo de Emiliano, pues estamos en 1981 y el revolucionario morelense lleva muerto más de setenta años. Pero los motozintlecos no lo saben.

Enterados de que en el pueblo se iba a realizar un encuentro de la Coordinadora Nacional Plan de Ayala, los caciques corrieron la voz de que venían los zapatistas, que eran peligrosos y que mejor se encerraran en sus casas. Sin embargo, la gente de todos modos salió a ver al general...

Tenían mucho tiempo esperándolo.

LA GUERRA DEL FERTILIZANTE O CÓMO SALIR DEL ATOLLADERO

La inercia y los intereses generados a lo largo de los años, imponen una reforma paulatina, con fases y metas previamente definidas, en las que al tiempo que se transforma el programa, se va incorporando a una política integral de desarrollo rural donde el fertilizante no es la palanca única ni la principal.

Miguel Meza, Rafael Obregón, Armando Bartra, *La conversión del programa de subsidio al fertilizante**

Porque no llegaba el fertilizante prometido por el gobierno federal, a principios de junio estalló en Guerrero una insurrección en que participaron alcaldías, comisariados ejidales, organizaciones campesinas, policías comunitarias, partidos políticos, amapoleros y cárteles del narco que por más de dos meses bloquearon carreteras, saquearon bodegas, secuestraron funcionarios y se enfrentaron a la fuerza pública. Los servidores de la nación encargados de hacer el nuevo padrón de beneficiarios, la Sader como responsable y Jorge Gage, coordinador nacional del programa de fertilizantes, se

vieron rebasados. Mientras que el gobernador sonreía complacido por el desmadre.

Consecuente con su diagnóstico de que casi todas las organizaciones campesinas son clientelares y corruptas, López Obrador decidió entregar los apoyos directamente a los productores. Lo que en Guerrero significaba construir un nuevo padrón y federalizar la compra y entrega del fertilizante, cortando de tajo con prácticas viciadas pero añejas, que en el caso de este programa tienen un cuarto de siglo.

El resultado fue una inédita insurrección campesina, ciertamente abanicada por líderes agrarios, comisariados ejidales, alcaldes y por el propio gobernador, beneficiarios corporativos de un programa cuyo manejo históricamente clientelar siempre los ha legitimado; pero también es verdad que contaron con el respaldo de miles de campesinos para quienes recibir fertilizante se ha vuelto un derecho. Un alzamiento cuya lógica es la misma que la de las movilizaciones que desde el 22 de julio vienen realizando el Frente Auténtico del Campo y #ElCampoEsDeTodos, en demanda de los recursos públicos que desde hace mucho venían operando y ahora sienten que se les escamotean.

El caso Guerrero importa por sí mismo, pero también porque es emblemático de las dificultades que enfrenta la 4T para cambiar las reglas del juego en las políticas agropecuarias. Y es que un programa corrupto, clientelar, electorero y sustento del cacicazgo, que además es económicamente gravoso, productivamente nulo y agroecológicamente impertinente, pero que se ha vuelto parte de los usos

y costumbres de la entidad, requiere un tratamiento distinto del muy torpe que recibió este año.

Algo de historia, para empezar

El Programa de Apoyo a la Producción Primaria (PAPP), que desde 1994 entrega fertilizantes nitrógenados a pequeños productores de maíz, es creación del gobernador Rubén Figueroa Alcocer, quien era fabricante del producto y se lo vendía a sí mismo como gobernante. En una evaluación que Miguel Meza, Rafael Obregón y yo hicimos hace 12 años concluimos que desde el principio fue “usado políticamente y con fines clientelares”, y en consecuencia su padrón creció exponencialmente de 150 mil beneficiarios en 1994 a 280 mil diez años después, un número que igualaba y hasta rebasaba el de los pequeños productores de la entidad. Porque el padrón, lleno de repeticiones, incluía agricultores grandes que no producían básicos y registraba a más de un miembro de la familia, incluyendo muertos y recién nacidos. Y el tamaño del padrón que manejabas era el tamaño de tu organización si eras dirigente campesino, y el tamaño de tu votación si eras o pretendías ser alcalde.

Depurar el padrón, como se intentó hace años, o hacer uno nuevo como se buscó ahora, es extremadamente difícil, pues prevalecen las complicidades y la gente miente. Y también es complicado adquirir, mover y entregar el producto. Pero el problema mayor no es cómo hacer que el fertilizante llegue a los que debe llegar, sino que andar regalando bultos de sulfato de amonio a los peque-

ños productores, es una mala idea, si de lo que se trata es de desarrollar el campo guerrerense.

Debilidades del programa

Diez taches, que identificamos en la mencionada evaluación:

Agroecológicamente dañino, pues aunado al uso de otros agroquímicos y a prácticas como la siembra en ladera sin terraceo, el retiro del rastrojo, las quemas y el monocultivo sin rotación, conduce al empobrecimiento de la tierra y a la demanda creciente de suplementos químicos.

Tecnológicamente inadecuado, pues se entrega principalmente sulfato de amonio, el cual se aplica indiscriminadamente, sin previo análisis de suelos (que en Guerrero son mayormente ácidos), fuera de tiempo y de forma descuidada.

Económicamente insostenible, pues el subsidio a un insumo que presuntamente aumenta los rendimientos y por tanto los ingresos, debiera ser transitorio; sin embargo después de 25 años, los productores siguen siendo pobres, de baja productividad técnica y económica y –a juzgar por las movilizaciones– incapaces de costear todos sus gastos productivos.

Productivamente unilineal, pues sólo busca aumentar el rendimiento del maíz y no potenciar la milpa, el traspatio, la huerta y en general la entereverada pluralidad de aprovechamientos que sostiene la vida campesina.

Socialmente inequitativo, no únicamente a causa de las desviaciones por las que parte del insu-

mo va a los agricultores acomodados, sino porque debiendo ser focalizado en quienes realmente lo necesitan, devino universalista.

Políticamente clientelar, pues operado por los municipios y luego también por las organizaciones campesinas, la contraprestación del fertilizante es la fidelidad política o gremial del beneficiario, al que lo incluyó en el padrón y le entrega los costales.

Inhibidor de la autogestión, pues va dirigido a las familias, y si bien pelearlo y conservarlo supuso movilización colectiva, la cohesión organizativa que genera es de la peor especie: vertical, clientelar, pasiva.

Estructuralmente corrupto, pues al ser su verdadero objetivo el control clientelar de los beneficiarios, su operación es discrecional y su norma la transgresión sistemática de la norma.

Institucionalmente limitante porque ata recursos cuantiosos a un programa unidimensional y de creciente costo presupuestal, que no genera ni deja paso a requerimientos productivamente más ambiciosos y promisorios.

Históricamente inercial, pues pasan los años y el programa se mantiene, no por su pertinencia sino por el costo político de redimensionarlo o reorientarlo, mientras que los cambios habidos tienen más que ver con consideraciones clientelares que productivas.

Y el recuento concluye con una frase lapidaria: "Un programa costoso que no es ambientalmente saludable, ni tecnológicamente adecuado, ni económicamente sostenible, ni socialmente justo, ni organizativamente autogestionario y cuya persis-

tencia y crecimiento han sido inerciales y políticamente motivados es una acción que no promueve el desarrollo sostenible del campo guerrerense, más aún, lo inhibe”.

Lo que se hizo este año: federalizarlo, depurar el padrón y tratar de eliminar corruptelas –aun si se lograra, lo que está por verse– no hace virtuoso un programa por tantas razones impertinente. Decíamos hace 12 años: “El subsidio al fertilizante no sólo tiene desviaciones operativas, sus problemas son de fondo y están en un enfoque ambiental, económico y socialmente insostenible. El programa debe ser transformado”.

Transformación que tiene que avanzar hacia una política de conservación y restauración de la fertilidad que incluya sistemas de cultivo, análisis de suelos, uso de compostas, abonos orgánicos, biofertilizantes... Lo que, sin embargo, por sí mismo tampoco genera desarrollo, pues éste debe ser integral, participativo y con visión regional. Una planeación territorial y desde abajo que demanda instrumentos públicos flexibles y diversificados, más que programas universales y uniformes como el del fertilizante.

Y aquí entran las organizaciones. Actores curtidos que –como se vio– son un dolor de cabeza para las instituciones cuando pelean una intermediación que si bien es innecesaria si se trata de repartir sulfato de amonio, resulta indispensable si lo que se busca es diseñar y gestionar el desarrollo integral desde los territorios.

Inducidas por las políticas públicas y por las mañas gubernamentales, las organizaciones gre-

miales del campo se volvieron puramente gestoras y clientelares. Pero hacerlas a un lado por parejo es suicida, sobre todo hoy, pues la 4T es imposible sin una sociedad organizada. Además, no todas son Antorcha Campesina.

Qué hacer, entonces

El sulfato de amonio es adictivo y un subsidio transgeneracional como el del fertilizante crea dependencia, de modo que la desintoxicación ha de ser gradual. Lo que propusimos hace 12 años fue depurar el padrón y reconvertir el programa reduciendo el sulfato de amonio e incorporando biofertilizantes que pueden producirse localmente, al tiempo que se incentivaba que los municipios y las organizaciones formularan proyectos de desarrollo rural más integrales y de ser posible asociativos.

El estímulo consistía en que el monto que se ahorrara depurando el padrón y sustituyendo fertilizante químico por biológico, se les reintegraría a los gestores del programa, pero duplicado y destinado a financiar proyectos realmente estratégicos; acciones integrales en que las organizaciones y los municipios, en vez de limitarse a llevar listas y mover bultos, pusieran en juego su capital social y lo desarrollaran gracias a la asesoría y acompañamiento que recibirían de las instituciones.

Viendo que no se los descobijaba y que la jugada cambiaba, pero no de golpe, las organizaciones más sensatas y los municipios más movidos estuvieron en principio de acuerdo. Y en el primer año algo se avanzó, de modo que lo ahorrado gra-

cias a la conversión sirvió para financiar el programa piloto de fertilizante orgánico.

Sin embargo, reformatear a las organizaciones y los municipios en la línea de incubar y gestionar verdaderos proyectos de desarrollo, es tardado y requiere voluntad y perseverancia... Persistencia que no hubo en Guerrero, de modo que el programa volvió a la querencia y por otros 12 años siguió siendo corrupto y clientelar. ¿Ahora sí lo vamos a reencauzar? La experiencia de 2019 fue desastrosa, pero debe verse como una lección. Aprendamos de ella.

*Armando Ríos Piter, Carlos Toledo Manzur, Armado Bartra (coordinadores), *Construyendo el desarrollo rural integral y sustentable en Guerrero*, Gobierno del estado de Guerrero y FAO-México, 2009.

MORENA: UN PARTIDO-MOVIMIENTO QUE SE PASMÓ

Ante el desmoronamiento de la oposición existe una migración política masiva hacia el partido de gobierno [Movimiento al Socialismo] que al no contar con los recursos institucionales necesarios para la incorporación de la militancia entra en un período de confrontación interna caracterizado por las divisiones.

Juan Carlos Pinto, director general
de Fortalecimiento Ciudadano de la Vicepresidencia
del Estado Plurinacional de Bolivia

Alianza País nació y creció con el poder. En abril de 2006 creamos el partido y en enero de 2007 llegamos al poder. En este contexto fue inevitable tener mucha gente que no era leal a una visión o un proyecto político, sino al poder.

Rafael Correa, expresidente de Ecuador

La creación del Partido Socialista Unido de Venezuela, a partir de 2007, no ha logrado resolver el problema de la dirección revolucionaria del proceso bolivariano, deficiencia que se ha mostrado con fuerza a partir de la muerte del presidente Chávez, en marzo de 2013. Es un partido organizado básicamente como fuerza electoral, que no elabora política ni de carácter general ni hacia los espacios particulares de intervención social.

Roberto López Sánchez,
El protagonismo popular en la historia de Venezuela

Preámbulo

A solicitud de quienes ante él se ampararon, el 30 de octubre de 2019, el Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación revocó la convocatoria al III Congreso Ordinario de Morena, invalidó el padrón con que se realizaba, anuló las 220 Asambleas Distritales llevadas a cabo exitosamente, prohibió que se repitieran las que habían tenido problemas y ordenó que se repusiera todo el proceso. De esta manera el TEPJF descalificaba el trabajo de miles de morenistas que organizaron las reuniones y cientos de miles que en ellas participaron, desechaba acuerdos consensados arduamente por la dirección del partido y ponía en duda la militancia que nosotros reconocemos. Intromisión buscada por quienes, sabiendo lo que ocurriría, se inconformaron ante el órgano jurisdiccional, poniendo de esta manera el destino de la mayor fuerza política organizada que haya existido en la historia de México en manos de un puñado de magistrados de dudosa reputación.

¿Cómo llegamos a esto? Sin duda hubo torpezas y errores que se explican por la magnitud de la tarea y la juventud e inexperience de Morena. Sin embargo, si problemas que eran resolubles escalaron fue por el sabotaje y provocaciones de quienes se quieren quedar con el partido aun a costa de acabar con el partido. Y de paso poner en entredicho nuestro proyecto, porque al descarrilar judicializándolo un proceso democrático como el III Congreso, no sólo se atenta contra Morena, se atenta también contra la 4T, dado que sin un partido que lo respalde –pero que también lo empuje– el nue-

vo gobierno no podrá llevar a buen fin los cambios prometidos. De este tamaño están las cosas.

Dice el expresidente de Ecuador, Rafael Correa, que la traición del actual mandatario Lenín Moreno a la llamada Revolución Ciudadana y la vuelta a las viejas políticas neoliberales (contra las que por fortuna hoy la gente se rebela), se debieron entre otras cosas a que al partido Alianza País, que debía ser la fuerza del cambio, llegó “ mucha gente que no era leal a una visión o un proyecto, sino sólo al poder”.

Aprendamos la lección ecuatoriana, porque si perdemos Morena o dejamos que lo desfonden, no podremos impedir que dentro de cinco años llegue a la presidencia a un Lenín Moreno mexicano, un traidor que desmonte la 4T y nos regrese al neoliberalismo.

Y para que esto no suceda necesitamos analizar y discutir la problemática del partido y la naturaleza de sus responsabilidades. Porque lo ocurrido en las últimas semanas remite a cuestiones de fondo que es necesario identificar si las queremos remediar. A esto responden las siguientes reflexiones.

Reconstruir el Estado, regenerar la sociedad, reinventar el partido

El primero de julio de 2018 dimos vuelta a la página e iniciamos un nuevo capítulo de la historia de México ¿Qué le toca hacer a cada uno de nosotros en la aventura que estamos por escribir?

La tarea inmediata de los que integran el gobierno debutante es proceder a la regeneración del Estado mexicano, un organismo que nos dejaron

reumático y envilecido; la tarea inmediata de todos los demás es proceder a la regeneración de la sociedad mexicana, un tejido comunitario que nos dejaron luido y deshilachado.

Porque sin instituciones públicas saneadas, vigorosas y orientadas al bien común, no habrá cambio verdadero. Pero tampoco habrá 4T sin una nueva, animosa y creativa organicidad social.

Ahora bien, a caballo entre la sociedad civil y el Estado están los partidos políticos; organismos públicos que al participar de ambas esferas pueden mediar entre ellas evitando tanto los encontronazos estériles como el corporativismo clientelar.

Responsables de articular en proyectos nacionales incluyentes, tanto el bien común como los intereses específicos de clases y sectores, los partidos son el gozne de la democracia representativa, pues sin ellos como referente crítico los mejores gobiernos desbarran, y sin ellos como representación política integradora y estratégica los pueblos se balcanizan en particularismos. Es decir que sin Morena no habrá 4T.

Pero los partidos están hoy en la lona. Particularmente Morena. No porque andemos peor que los demás, sino porque nuestros candidatos gobiernan y nuestro proyecto es el que define el rumbo del país, lo que nos asigna una enorme responsabilidad que no estamos asumiendo.

Aguas estancadas

No hablaré de los desfiguros que presenciamos a fines de 2019 y principios de 2020, durante los intentos de renovación de la dirigencia de Morena,

un trance difícil en que en un primer momento se mostró una amplísima participación y un enorme esfuerzo organizativo, pero también profundas debilidades. Y donde, sobre todo, se exhibió la alharaca alarmista y la actividad saboteadora –aplaudida por los medios– de quienes no querían que se cumpliera el mandato del estatuto, sino tener o conservar el control del partido... a costa del partido.

Pero aquí no me interesa pormenorizar lo ocurrido en esos días, sino señalar las debilidades que subyacen: las carencias, distorsiones y tensiones que enfrentamos en los últimos meses. Enumero algunas:

- Crecimiento oportunista de la membresía, provocado porque ya para 2018 era claro que íbamos de gane y se dejó venir la cargada de adherentes de última hora, gran parte de ellos sin convicciones ni compromiso ni militancia.
- Migración de cuadros al nuevo gobierno, que reclutó a muchos de los militantes más destacados, capaces y probados.
- Perversa visión –compartida por demasiados– de que Morena es agencia de colocaciones y trampolín para acceder a cargos públicos... incluyendo el mayor: la Presidencia de la República.
- Recurrentes desviaciones de militantes (muchos en funciones de gobierno) de las posturas, valores y normas del partido, ocasionando el hiper activismo de la Comisión Nacional de Honor y Justicia.

- Incapacidad de suplir colectivamente a Andrés Manuel, quien siempre asumió las funciones de conducción de manera personalista (no hemos sabido pasar del unipersonal “Príncipe” de Maquiavelo, al “Nuevo Príncipe” colectivo de Gramsci).
- Carencia de análisis y posicionamiento político ante eventos relevantes: la llamada “Ley Bonilla”, el desgastante golpeteo del Consejo Coordinador Empresarial al nuevo gobierno, los dichos proto golpistas del general Guillén, las amenazas de Trump, el intento de golpe de Estado en Venezuela, el consumado golpe de Estado en Bolivia y el asilo concedido a Evo Morales, las insurgencias antineoliberales en Chile, Ecuador, Colombia...
- Y sin análisis y posicionamiento político no puede haber conducción política, y menos, consignas de acción. Llevamos más de un año y medio de inacción, sin que se nos haya convocado, por ejemplo, a participar en las movilizaciones de las mujeres por su vida, a impulsar la consulta que organizó el IMPI para que los derechos de los pueblos originarios se incorporen a la Constitución...
- Usencia de “línea” que se complementa con la falta de una política de comunicación social y de órganos de difusión y propaganda, como lo fue *Regeneración* (¿órganos para comunicar, qué?).
- Escasa o nula participación activa y abierta de los militantes del partido en organizaciones y movimientos sociales. Inserción que,

acompañada de directivas políticas, hubiera facilitado la interlocución de estos con el nuevo gobierno, y viceversa.

- Inoperancia de muchas de las secretarías y, por tanto, falta de atención a temas o sectores importantes: asuntos indígenas y campesinos, producción y trabajo, arte y cultura... Ámbitos dinámicos cuyos intensos debates nos pasan de noche.

- Obstáculos al despegue del Instituto Nacional de Formación Política, el único acuerdo trascendente del pasado Congreso, cuya actividad –aun así, meritoria– tuvo que reducirse a la “formación de formadores” mediante conferencias, y a la integración de círculos de estudio.

- Balcanización del partido: cada estado es un Morena (o más de uno).

- Personalización de las diferencias y ausencia total de debate ideológico.

Todo esto es grave, muy grave. Y en algunos casos era inevitable, dada la forma en que tuvo que construirse el partido en la inminencia de la elección de 2018. Pero las tensiones y desviaciones se hubieran podido atenuar y quizá corregir si después de aquellos comicios Morena hubiera mantenido el activismo que desplegó en los años anteriores.

No lo hizo. Salvo elecciones estatales y locales –que no subestimo, pero cuyos triunfos fueron en gran medida inerciales– la militancia de Morena se pasmó, se paralizó políticamente durante el

último año y medio. Y es que antes el eje del activismo eran los preparativos de la elección, y las convocatorias venían siempre de López Obrador. Pero ahora que ya ganamos los comicios y que Andrés Manuel anda de presidente, nomás no sabemos qué hacer.

El agua estancada cría gusarapos y desprende malos olores. Y desde hace más de un año las aguas de Morena no fluyen.

Estoy seguro de que si los de Morena estuviéramos trabajando en la democratización de los sindicatos, que la nueva Ley Federal del Trabajo nos facilita; si acompañáramos a las organizaciones campesinas no corporativas, defendiendo su derecho a ser reconocidas por el gobierno como interlocutoras; si anduviéramos en las comunidades del sur y sureste discutiendo con los involucrados la mejor forma de defender sus territorios y los pros, contras y asegunes de los grandes proyectos de la 4T; si nuestro partido estuviera en las calles y las plazas reivindicando los derechos de las mujeres y las demandas de la diversidad, denunciando el derroche de amparos interpuesto por los impunes empresarios que animan Mexicanos contra la Corrupción y la Impunidad, rechazando la patanería neofascista de Trump, repudiando el golpe de Estado en Bolivia, celebrando los movimientos antineoliberales y los avances electorales de la izquierda del Cono Sur que –sumados a nuestro primero de julio– dan un nuevo aire al curso emancipatorio latinoamericano... En fin, si los militantes de un partido que es movimiento tomáramos partido y estuviéramos en movimiento, otro gallo nos cantara.

Además de quienes quieren adueñarse del partido a toda costa, sin que les importe que con ello lo desbarranquen, hay en Morena quienes piensan que en perspectiva histórica el partido no es importante; que esforzarse por sacar adelante el III Congreso, elegir una nueva dirigencia y debatir sobre si debemos ser partido-movimiento o sólo partido-partido, es asunto menor, pues la 4T va de gane con el puro impulso del gobierno.

Grave error; el cambio verdadero es incumbencia de la sociedad organizada, del partido y del gobierno. Sin movimientos que respalden, empujen o aun cuestionen al gobierno, y un partido inserto en el movimiento que traduzca políticamente las reivindicaciones sectoriales o locales, no habrá 4T.

Es verdad que hoy el gobierno tiene el mandato que le dieron 30 millones de votantes el primero de julio y muchos otros millones que se le adhirieron ya en el ejercicio. Pero gobernar desgasta y la legitimidad social tiene que reconstruirse todos los días y en todas partes mediante activismo político y trabajo de base que son responsabilidad primordial del partido.

Pero además, es sabido que acotado por la coyuntura y porque su responsabilidad es con todos, el gobierno de Andrés Manuel –todo gobierno– tiene que ocuparse ante todo del presente y del futuro cercano. Así pues, la reflexión sobre el proyecto estratégico y el debate público que prepare las condiciones subjetivas y la correlación de fuerzas necesaria para operar las transformaciones de más largo alcance que algunos deseamos, no es tarea del gobierno, sino del partido. El mandato

recibido por López Obrador es para desmontar el neoliberalismo; si queremos ir más allá debemos dar primero la batalla de las ideas, no desde Palacio Nacional, sino desde Morena.

López Obrador es una fuerza de la naturaleza, sí, pero sería un error apostar todo al líder, y más ahora que es gobierno. La experiencia latinoamericana demuestra que los grandes liderazgos son providenciales, son poderosas palancas del cambio. Hugo Chávez, Lula da Silva, José Mujica, Evo Morales... ejemplifican lo que digo. Pero los líderes se mueren (Chávez), se hacen viejos (Mujica), los meten a la cárcel (Lula), o se desgastan (Evo), y si no hay partidos fuertes todo el andamiaje se desploma.

La debilidad de los partidos de izquierda en América Latina es en parte responsable del fin del llamado "ciclo progresista", de la restauración neoliberal en algunos países y del avance de la derecha en otros. La descomposición del nicaragüense Frente Sandinista de Liberación Nacional permitió que Daniel Ortega se volviera un dictador; la debilidad de Alianza País, creado en la inminencia de las elecciones, hizo posible que a Rafael Correa siguiera el restaurador Lenín Moreno, postulado por ese mismo partido; la corrupción que minó al Partido de los Trabajadores (PT) brasileño le impidió detener el golpe a Dilma Rousseff y explica que el PT perdiera contra Jair Bolsonaro unas elecciones que de no estar en la cárcel Lula hubiera ganado; la inconsistencia de peronismo de izquierda agrupado en el Frente de Todos, demasiado dependiente del protagonismo de Néstor Kirchner y luego

Cristina Fernández, le abrió paso en Argentina al ultra neoliberal Alberto Macri; si el chavismo venezolano fuera más que un poderoso movimiento y el Partido Socialista Unificado creado por Chávez ya presidente, fuera más que un instrumento del gobierno, posiblemente la derechista Mesa de Unidad no hubiera podido lograr la mayoría en la Asamblea Nacional; si el Movimiento al Socialismo no se hubiese ahuecado al triunfo de Evo Morales, la continuidad del proyecto emancipador boliviano no hubiera dependido tanto de su reelección, los comicios de 2019 se hubieran ganado con un mayor margen y si de todos modos hubiera habido golpe, la resistencia habría sido más organizada de lo que está siendo cuando escribo esto.

Todas las experiencias nos dicen lo mismo: los movimientos sociales son poderosos, pero casi siempre coyunturales, de modo que necesitamos partidos. Pero partidos diferentes, partidos de nuevo tipo como pretende ser Morena.

Movimiento o partido

Más allá de los rampantes intereses particulares –que hoy andan desatados– hay en Morena dos corrientes legítimas que ya podríamos llamar históricas: la de quienes ven en el partido, un partido-partido: una institución política cuya tarea mayor –si no es que única– es ganar elecciones y ocupar espacios de gobierno, y la de los que vemos a Morena como un movimiento organizado que se despliega tanto en lo político como en lo social: un partido-movimiento. Los primeros apuestan por el

poder arriba, los segundos apostamos por el poder arriba y abajo. Los primeros ven al Estado como mayor protagonista del cambio, los segundos asumimos el protagonismo del Estado, pero también el de la sociedad. Los primeros creen que la política es asunto de políticos y se condensa en las elecciones, los segundos sostenemos que la política la hacemos todos, todos los días y en todas partes...

Antes y durante el Congreso de 2012, en el curso de la redefinición que nos imponía el entonces reciente fraude electoral, se debatió mucho sobre la clase de partido que necesitábamos. A la postre se impuso la idea de formar un partido-movimiento. Estos son algunos de los argumentos recogidos en un documento de 2012 titulado *Morena: una fuerza para el cambio*, y que me siguen pareciendo válidos:

La experiencia latinoamericana demuestra que para salir del neoliberalismo hace falta tanto la movilización social como el cambio de gobierno, y que la clave está en combinar adecuadamente estos dos ejes. Se dice –y es verdad– que la mayor palanca del cambio es el movimiento social organizado. Y en México el mayor movimiento social organizado es Morena, que es además, el único partido político de izquierda que va en ascenso. El problema radica en que, aunque se autodefina como partido-movimiento, Morena es predominantemente un partido: un aparato pensado para la lucha electoral, un ejército ciudadano cuyos militantes se involucran a

veces en luchas sociales locales o sectoriales, pero por lo general no lo hacen expresamente como Morena. Y lamentablemente cuanto más partido somos, somos menos movimiento. Ahí es donde está la contradicción, es ahí donde hay que administrar el remedio.

En el escrito de las mismas fechas que lleva por título *¿Qué hacer?* se lee:

Morena se convirtió en la mayor fuerza de izquierda en la historia de México, pero hasta ahora sólo se ha organizado para participar en elecciones. Le falta consolidar y reorientar sus comités de base a la lucha cotidiana; a las pequeñas batallas locales y las grandes batallas nacionales; a la construcción de conciencia, organización y poder popular. Si no lo hacemos así, los trabajos necesarios para obtener el registro acabaran por distraernos de lo fundamental. Y entonces sí, Morena se convertirá en un “partido” en el peor sentido de la palabra, un partido exclusivamente electoral preocupado sólo por la obtención de cargos públicos.

Y estas ideas forman parte de nuestros documentos básicos. En la Declaración de Principios se lee: “El cambio que plantea Morena es pacífico y democrático. Busca la transformación por la vía electoral y social”. Dice el Programa: “Morena lucha por el cambio de régimen por la vía electoral pero *también convoca al pueblo de México a movilizarse para*

[...] *impulsar el cambio verdadero*". Al señalar las tareas de las secretarías quedan claras sus responsabilidades en la lucha reivindicativa de carácter social y gremial. Un ejemplo: "La Secretaría de indígenas y campesinos es responsable de promover la organización de los indígenas en Morena, su vinculación con las organizaciones y pueblos indígenas y campesinos; así como de participar en actividades en defensa de los derechos de los pueblos originarios, su organización y participación política". Funciones que se repiten en los artículos correspondientes a secretarías sectoriales como trabajadores, mujeres, jóvenes... Por su espíritu y sus documentos básicos, Morena es un partido-movimiento.

Es verdad que en 2012 veníamos de una derrota –el fraude que finalmente se impuso– mientras que ahora venimos de un triunfo y por fin somos gobierno. Pero pienso que los argumentos anteriores aún son atendibles.

Ya entonces teníamos conflictos internos en Morena y, como ahora, nos preguntábamos de qué manera manejarlos: "Uno de nuestros peores males es buscar los enemigos en nuestras propias filas –decía uno de los documentos arriba citados–; debemos evitarlo. La fraternidad, el debate de ideas y la convivencia alegre son parte de la lucha y nos hacen mejores personas y una mejor organización".

Pero el verdadero remedio para el conflicto interno viene en el último párrafo, donde se concluye: "No hay mejor antídoto contra las deformaciones burocráticas, chambistas y tribales que carcomen a los partidos que luchar todos los días y en todas partes. Éste es el ánimo que necesitamos".

Y este ánimo combatiente se generó en 2012. Tan así que seis años después ganamos de calle las elecciones y ya no pudieron hacernos fraude. Pero si en la derrota nos confrontábamos, también nos confrontamos en la victoria. Y hoy como entonces la solución está en no quedarnos quietos; está en “luchar todos los días y en todas partes”. Éste era y éste es “el ánimo que necesitamos”.

Aquellos años en que éramos movimiento

La historia de México nos muestra que todos los partidos que jugaron un papel relevante, participaban tanto en la lucha política como en la lucha social.

El Partido Liberal Mexicano, luego Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano, encabezada por Ricardo Flores Magón, Enrique Flores Magón, Librado Rivera y otros, siempre hizo política, salvo en 1903, en que los clubes del incipiente partido hacen campaña contra la sexta reelección de Porfirio Díaz, y salvo en su política, se aparta de lo electoral. Esto en la medida en que desde 1904, en que tienen que exiliarse, el grupo dirigente se va decantando hacia el anarquismo.

Pero los llamados magonistas también participan –y destacadamente– en los combates sociales: la huelga que en 1906 estallan los mineros de la Green Consolidated Cooper Company, establecida en Cananea, fue animada por dos clubes magonistas: la Unión Liberal Humanidad y el Club Liberal de Cananea, núcleos políticos partidistas de carácter clandestino que a su vez impulsaron la

creación de una organización de lucha gremial, la Unión Minera.

Al año siguiente los obreros textiles de Orizaba, Veracruz, que estaban en huelga, desconocen un fallo Presidencial que les resultaba desfavorable y, en Río Blanco y Santa Rosa, liberan a los presos y saquean las tiendas de raya de las empresas textiles. También en este caso militantes magonistas animan la lucha.

Es verdad que, así como el obradorismo siempre priorizó la lucha por el cambio de régimen sobre el combate social reivindicativo, cuando menos desde 1906 los magonistas anteponían al eventual movimiento gremial la preparación del alzamiento armado que debía derrocar a Porfirio Díaz. Sin embargo, la participación del Partido Liberal en las grandes movilizaciones de los trabajadores que preceden a la Revolución de 1910, otorga a los magonistas una autoridad que la sola denuncia política a través de *Regeneración* y otros periódicos, no les hubiera granjeado. Y lo mismo sucede con el morenismo.

Otro ejemplo es el Partido Socialista del Sureste (PSS), impulsor en Yucatán de la primera revolución indígena socialista de la historia. En los tiempos en que lo encabeza Felipe Carrillo Puerto, el PSS y las Ligas de Resistencia obreras y campesinas, que eran sus organismos sociales, impulsan la lucha por los derechos laborales de los peones de las haciendas henequeneras y, cuando la coyuntura lo demanda, organizan tomas de tierras y quemas de henequenales. Gracias a sus profundas raíces en el mundo social, el PSS resiste en 1919

y 1920 la represión combinada de carrancismo federal y la “casta divina” local, y en 1921, montado en una multitudinaria movilización popular impulsada por las Ligas de Resistencia, el PSS y su candidato, Carrillo Puerto, ganan de calle las elecciones, dando inicio al proyecto de gobierno más avanzado y revolucionario que haya tenido el país. Cambio profundo interrumpido en 1924 por un golpe militar.

Y si partidos paradigmáticos como el Liberal magonista y el Socialista del Sureste –en su época carrillista– combinaron lucha política y acción social reivindicativa, también desde que nacimos, hace ya un cuarto de siglo, los obradoristas –ahora morenistas– hemos sido un movimiento. A veces un movimiento cívico político y a veces un movimiento social.

Debutamos como movimiento cívico en la lucha de 2004 contra el desafuero. Exitoso despliegue ciudadano que permitió que Andrés Manuel fuera candidato a la Presidencia de la República en las elecciones de 2006. Otro gran movimiento ciudadano fue el de repudio al fraude de ese año, que convocó a más de un millón de personas en el Zócalo de la Ciudad de México. Activistas que nos organizamos, primero en la Convención Nacional Democrática, después como Representantes del Gobierno Legítimo y, desde de octubre de 2011, como Movimiento Regeneración Nacional; organismo debutante que fue el corazón de la campaña electoral de 2012 y de la protesta contra el nuevo fraude.

A la par de estos multitudinarios movimientos cívico-políticos, Morena impulsó o participó

destacadamente en diversos movimientos sociales. En el combate a la carestía y a los altos precios de los alimentos. En el apoyo a los trabajadores del Sindicato Mexicano de Electricistas, que con la desaparición de Luz y Fuerza del Centro se quedaron sin materia de trabajo y sin empleo. En la oposición a la llamada “guerra de Calderón”, con la que el panista pretendía posicionarse guerreando con el narco y que acabó en un baño de sangre. En la oposición a la Reforma Laboral que en la transición entre las dos administraciones impusieron Calderón y Peña. En las luchas contra la privatización del petróleo, una ganada y otra perdida. En el rechazo a la Reforma Educativa y la solidaridad con la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación. En las movilizaciones contra el crimen de Iguala y por la aparición de los 43 normalistas de Ayotzinapa...

Sin embargo, siempre tuvimos claro que -se ganen o se pierdan- las luchas sociales reivindicativas no van al fondo de las cosas, y que para solventar de raíz los grandes problemas nacionales hacía falta un cambio de régimen: una gran mudanza que podía lograrse pacíficamente y en las urnas. De modo que, además del gran movimiento cívico-social que ya teníamos, necesitábamos un partido con registro (que no podía ser el envilecido y claudicante PRD): una vasta organización electoral capaz de derrotar en las urnas al sistema.

Y la formamos. En 2012 se decidió, en 2014 registramos a Morena como partido... y sin aflojar la máquina apretamos el acelerador, pues teníamos menos de cuatro años para organizar, concientizar

y capacitar los tres o cuatro millones de militantes necesarios para ganar de calle los comicios y evitar un nuevo fraude. Se forjó así el nuevo Morena: una estructura territorial presente en todos los rincones del país, una organización capaz de distribuir millones de ejemplares de *Regeneración*, de convocar a los posibles votantes casa por casa y –a la hora de la verdad– de vigilar los comicios, cuidar las urnas y contar las boletas... Treinta millones de votos dan fe de que lo logramos.

Pero para conseguirlo tuvimos que centrarnos en lo electoral, recibir riadas de militantes dudosos y aliarnos con partidos y corrientes acomodaticios que no comparten nuestro proyecto ni nuestra ética política. Adhesiones quizá necesarias para ganarle al sistema pero, sin duda, contaminantes y riesgosas. Y los saldos negativos son los que describí en los párrafos anteriores.

La etapa, el programa, la estrategia, la táctica

Además de abundar en nuestro proyecto de país (Ver *Nuevo proyecto de nación* y *Los grandes problemas nacionales*, entre otros) en 2012 analizamos la difícil pero promisoría coyuntura por la que pasábamos y definimos el programa, la estrategia y la táctica de la nueva etapa. Hoy en que entramos, ya no en una nueva fase sino en un nuevo período de nuestra historia, con más razón debemos caracterizar el momento en que nos encontramos, volver a pensar el programa que hoy debemos impulsar y rediseñar tanto la estrategia y las tácticas como las formas de organización y de lucha.

Los temas son amplios y sólo esbozo algunas ideas.

En cuanto a la etapa, la que va de 2012 a 2018, fue de resistencia y crecimiento. Veníamos de una elección comprada y ante la restauración priísta y la previsible claudicación de los partidos dizque opositores, debíamos prepararnos para evitar el aislamiento, resistir las “reformas estructurales” y aprovechar las torpezas del gobierno para ir cambiando a nuestro favor una correlación de fuerzas que al principio nos era desfavorable (a estas alturas resulta difícil de creer, pero en 2012 y 2013 había muchos *peñalovers*).

Hoy, por el contrario, venimos de un apabullante triunfo electoral en el que se impusieron tanto nuestros candidatos –el primero, Andrés Manuel– como nuestro proyecto, de modo que tenemos el gobierno federal, mayorías legislativas en ambas cámaras y muchos gobiernos estatales y municipales.

Acostumbrados a remar contra la corriente, algunos no entienden que la izquierda morenista pasó de ser ideológicamente opositora y contra hegemónica cuando imperaba el pensamiento neoliberal, a ser claramente hegemónica ahora en que los planteos de la 4T tienen amplio consenso.

Tan son hegemónicas nuestras ideas básicas, que 30 millones las suscribieron el primero de julio y 50 millones más le están poniendo *like*, a lo que hace y dice el gobierno. Y que no me vengan con que muchos votaron y aprueban sin saber, pues en 13 años de recorrer una y otra vez el país y alrededor de 300 “mañaneras”, Andrés Manuel ha

hecho llegar el núcleo de nuestro proyecto y nuestros valores a prácticamente todos los mexicanos y mexicanas. Esto sin considerar lo que en el terreno de la difusión de las ideas hemos hecho todos los demás. Y si no me creen, pregúntenle al taxista.

En 2012 la correlación de fuerzas nos era desfavorable, hoy la correlación de fuerzas nos favorece. Entonces estábamos a la defensiva, ahora estamos a la ofensiva. Si aquellos eran tiempos de resistencia estos son tiempos de construcción. Construcción arriba y construcción abajo porque el poder político no es eterno y el poder popular hay que ratificarlo todos los días.

De que la derecha y el imperio conspiran para desgastarnos y de que lo seguirán haciendo –empleando para ello la mentira y otros recursos aún más obscenos–, todo con tal de descarrilar a la 4T, no me cabe duda. Esto no significa que esté en sus últimas etapas la maquinaria de un inminente “golpe blando”. En realidad, la derecha económica y política está a la defensiva, contra las cuerdas, apabullada por los *jabs* y los ganchos al hígado. “Los tenemos rodeados”, dice Andrés Manuel, que para variar tiene razón. Y hay que conservar esa ventaja desenmascarando los torvos movimientos de los conservadores, pero sobre todo trabajando intensamente, evitando en lo posible los errores y difundiendo ampliamente lo que hacemos. Es posible que en algún momento nos toque enconcharnos y cerrar la guardia, pero de momento somos nosotros los que tiramos casi todos los golpes. Sigamos así.

En lo programático, es claro que el proyecto de Morena es el mismo que desde el gobierno

impulsa López Obrador: dejar atrás el neoliberalismo; en lo político, pasando del autoritarismo secular del sistema político mexicano a la verdadera democracia, tanto formal como directa y participante; y en lo económico-social, cambiando radicalmente las prioridades: primero los pobres y los excluidos, primero los pueblos originarios, primero los trabajadores, primero el sur-sureste... Y para esto hay que recuperar al Estado como gestor y restablecer las soberanías desechadas por los tecnócratas: nacional, alimentaria, energética...

Pero ahora Andrés Manuel gobierna, y si bien es evidente que en su política siempre van primero los pobres... después van todos –o casi todos– los demás. Incluyendo una gran burguesía y unas transnacionales –insoslayables en esta etapa– que sin embargo tratarán de imponerle su sello a la 4T.

Que no lo consigan y se mantenga nuestro compromiso estratégico, depende no tanto de Andrés Manuel como de la correlación de fuerzas. Balance que a su vez depende en gran medida de nosotros, de la izquierda política y la izquierda social. Y sobre todo depende de la capacidad que tenga Morena de organizar, concientizar y movilizar respaldando y empujando al gobierno. Recordemos que cuando en Brasil los gremios le pedían al entonces presidente Lula que radicalizara sus políticas, él acostumbraba decirles: “Saquen a la gente a la calle. Si no, cómo le hago”.

Nuestra estrategia –es decir, el rumbo general por el que pretendemos marchar– es la del cambio firme y decidido pero consensado, paulatino y por etapas. Primero escapar del neoliberalismo, que es

el encargo que en 2018 nos dieron 30 millones de mexicanas y mexicanos, para después ir saliendo del capitalismo; un sistema que aun en sus fases más progresivas es clasista, racista y patriarcal.

La ruta por la que hemos decidido transitar asume la confrontación electoral y el pluralismo político. Nada de “dictaduras revolucionarias”, que en nombre del pueblo someten al pueblo.

Y optar por el pluralismo electoral significa que en los comicios se puede ganar, pero también se puede perder. De modo que, además de trabajar por conservar la mayoría, necesitamos que los cambios libertarios y justicieros demandados por la sociedad y operados por el nuevo gobierno sean firmes: reconocer derechos, crear instituciones distintas, ir edificando una nueva economía...

Pero el cambio más firme, el más irreversible es la mudanza que tiene lugar en la conciencia de la gente y en la manera en que nos relacionamos los unos con los otros. Si cambiamos realmente nuestra forma de pensar, de valorar, de sentir y, por tanto, de vivir, podrán venir reflujos, derrotas comiciales y aun intentos restauradores, pero como tendencia histórica se mantendrá el curso emancipatorio. Y si nos quedan dudas, miremos al Cono Sur, donde con la contundente derrota de Macri y el regreso de la izquierda al gobierno, llegó a su fin en apenas cuatro años, el corto invierno de la restauración neoliberal en Argentina.

Ir haciendo de la 4T sentido común, es tarea del gobierno, de la sociedad organizada y de nuestro partido, y no puede seguir dependiendo, en tan alta proporción como hasta ahora, del caris-

ma comunicativo de López Obrador. En América Latina los liderazgos personalistas han sido providenciales: Lula, Chávez, Evo... Pero también son un peligro porque se mueren, los encarcelan o se desgastan... Por tanto, debe ser central en nuestra estrategia el tránsito del protagonismo personal al protagonismo colectivo. Y esto es decisivo para Morena, pues Andrés Manuel ha dicho que no va a intervenir en nuestra vida interna y no va a intervenir... Por fortuna.

El particularismo de los movimientos sociales se trasciende mediante los partidos políticos que con ellos se la juegan, pero también mediante las convergencias coyunturales o duraderas de diferentes clases y sectores. Y en México necesitamos un Frente Social, una suerte de Movimiento de Movimientos que, junto con Morena y el gobierno, empuje desde abajo el cambio verdadero. Una multicolor confluencia gremial donde se haga efectiva y tangible la pluralidad y se teja socialmente la correlación de fuerzas necesaria para que la 4T vaya pasando del posneoliberalismo al poscapitalismo.

Alianza de obreros, campesinos, clases medias, estudiantes, mujeres... que más allá de las mayorías electorales le dé legitimidad social a la magna transformación que nos ocupa. Aun si lo concebimos como un partido-movimiento y como una organización de multitudes y no sólo de cuadros, con Morena no se agotan los actores del cambio, y su estrategia debe incluir la tarea –compartida con muchos otros– de poner en pie un amplio y variopinto frente popular.

Nuestras tácticas deben cambiar, pues ahora en que la correlación de fuerzas nos favorece, no podemos seguir actuando a la defensiva. Certo, la resistencia es un arte que las izquierdas dominamos bien, pues hemos vivido casi siempre en la oposición, pero mantenerse en ella cuando ganamos es rehuir la responsabilidad de ser gobierno, de acompañar al gobierno o aun de oponernos constructivamente al gobierno. Y para esto no sirve enconcharnos sectariamente, sino entrar en los debates y pelear los espacios. Si queremos ganar el partido no hay que ceder la media cancha; menos ahora que tenemos un equipo ganador. Fuimos reactivos, seamos proactivos.

Es verdad que los vientos soplan a nuestro favor, pero tenemos aún enormes debilidades. Y si el cometido de la estrategia es ir cambiando a nuestro favor la correlación de fuerzas, el de la táctica es operar en el terreno dicho fortalecimiento. Entonces el centro de nuestra táctica debe ser la reconstrucción del tejido social desgarrado por 35 años de neoliberalismo.

Sin gremios estructurados; sin sindicatos y uniones campesinas; sin organizaciones locales, regionales y sectoriales; sin convergencias plurales y deliberativas; sin empresas asociativas de producción y servicios... no habrá cambio verdadero. Porque a la sociedad no la organizan ni el mercado ni el Estado, la sociedad se organiza sola. Y sin frentes, alianzas, uniones, federaciones, redes, asociaciones civiles, consejos, comités y toda clase de colectivos grandes y pequeños, haga lo que haga el nuevo gobierno, no veremos la luz.

Pero salvo excepciones como el sindicato minero y algunos otros, en el mundo del trabajo asalariado no hay organismos gremiales democráticos y combativos, sino contratos de protección; en el campo, los pueblos aún defienden heroicamente sus territorios, pero el ejido fue en gran medida desmantelado y las organizaciones económicas de productores que todavía subsisten, con tal de conservar su membresía se han visto reducidas a “bajar recursos” de los programas públicos; la mayor parte de las agrupaciones de colonos urbanos devinieron cacicazgos; a nombre de los comerciantes y empresarios pequeños hablan por lo general las cúpulas corporativas; no hay organizaciones representativas de estudiantes, ni de profesionistas, ni de mujeres...

Hay resistencias, sí. Ahí está la Coordinadora de los maestros democráticos; ahí están las redes que enlazan a quienes se oponen a los megaproyectos; ahí están las comunidades que aún se articulan en el Congreso Nacional Indígena; ahí están las indoblegables organizaciones de víctimas; ahí están las asociaciones civiles defensoras de derechos... Poco, muy poco para lo que es el país. Casi nada, en verdad, para lo que demanda la regeneración de México.

Entonces lo urgente es organizar. Organizar ya no sólo para resistir, sino para construir; para resolver juntos pequeños o grandes problemas; para hacerle frente a los retos con ayuda del gobierno o sin ella. Porque si nos decidiéramos, muchos de los males que hoy nos aquejan podríamos remediarlos sin más recurso que la solidaridad y la organización.

Ahora que tenemos un buen gobierno es el momento de dejar de ser gobiernistas. Dejar de esperar que las soluciones vengan siempre de arriba. Dejar de organizarnos sólo –o principalmente– para reclamar, demandar, exigir...

En cuanto a las formas de organización, Morena debe pasar de la eficaz máquina electoral que demostró ser en 2018, a la organización política y socialmente comprometida que demandan las tareas de la 4T. Y como un tránsito semejante ya se planteó en 2012, puede ser útil ver qué se decía en los documentos de entonces sobre la estructura orgánica y la toma de decisiones. En *Morena: una fuerza para el cambio*, leemos:

Antes de julio el énfasis en lo territorial se explicaba como dispositivo electoral, pero si ahora la lucha se va a desplegar en múltiples dimensiones, posiblemente será necesario reforzar también las estructuras organizativas por sectores sociales: obreros, campesinos, mujeres, estudiantes, colonos, artistas...; o por temas: medioambiente, derechos humanos, equidad de género...

La estructura centralizada y con mandos basados en la confianza era necesaria para enfrentar como un solo ejército los retos del combate electoral; ahora en cambio los frentes de lucha se multiplicarán y sin perder la unidad de mando, será necesario descentralizar la organización y democratizar las formas de elegir a representantes y dirigentes, pasando paulatinamente de una estructura

predominantemente vertical a otra predominantemente horizontal.

Esto decíamos en 2012, y hoy es aún más válido que entonces.

Ética política

Desde Maquiavelo sabemos que la política es una disciplina independiente de la religión y de la moral. Que la política es un arte; o más bien un oficio como la agricultura, el bordado o la panadería. Y el que quiera hacer política debe conocer bien el oficio de la política.

Como vimos en el apartado anterior, para hacer política es necesario caracterizar la etapa histórica en que vivimos, diseñar un programa máximo y programas mínimos o parciales, trazar el curso estratégico por el que pensamos avanzar, medir la correlación de fuerzas, buscar aliados, definir las tácticas que emplearemos y las formas de organización más adecuadas...

Pero los conocimientos que nos sirven para dominar el oficio de la política no nos dicen para qué, para quién y por qué hacemos política; de la misma manera que saber sembrar, bordar o hacer pan no nos dice nada sobre el significado y los valores contenidos en las cosechas, los bordados y los panes.

El corazón de la política es siempre un compromiso y un proyecto que van más allá del oficio de la política; es un compromiso ético y el proyecto de una nueva moral social.

El punto de partida de la política no es un conocimiento, un concepto o un razonamiento, sino

un impulso moral: el de ayudar al prójimo, el de ser fraterno y solidario, el de asumir como propios los sufrimientos de los demás.

Si no tienes este sentimiento apártate de la política. Porque sin impulso moral y compromiso ético la política deviene recetario, instructivo, pura técnica... Manual desalmado útil para manipular a las personas; eficaz no para humanizar a la humanidad, sino para instrumentalizarla, para deshumanizarla.

El que no sabe de política, pero siente el impulso de ayudar, es parte de nuestra lucha.

El que aprendió a hacer política, pero en el aprendizaje perdió su alma y se volvió un trepador que se sirve a sí mismo y no a los demás, debe ser dejado de lado.

Su irrenunciable compromiso ético es el mayor patrimonio de Morena y el corazón de la 4T.

Anexo

Morena en el espejo del boliviano

Movimiento al Socialismo

(Montaje con fragmentos del libro de Juan Carlos Pinto Quintanilla, director general de Fortalecimiento Ciudadano de la Vicepresidencia, *¿Qué está cambiando en Bolivia?*, Ministerio de Trabajo, Empleo y Previsión Social, La Paz, 2018.)

En el pueblo más indio del continente la lucha por la autodeterminación de los pueblos indígenas y originarios fue una demanda permanente contra la colonización (p. 16).

Los ritmos de nuestra revolución debían de ser diferentes, primero, porque decidimos hacerla en democracia y en convivencia con quienes han sido parte del antiguo orden [...] segundo, porque los actores populares [...] muchas veces tienden a repetir los hábitos del poder [anterior] (p. 44).

El dilema es que el actual proceso está sustentado en sucesivas victorias [...] electorales y no en la desarticulación del poder vigente a través de un proceso revolucionario (p. 21).

[Es tarea del Movimiento al Socialismo] construir una síntesis entre lo social y lo político que dé lugar a la representación política directa de los movimientos sociales, sin intermediación, para evitar lo que la historia política de los partidos había hecho hasta ese momento: traicionar el mandato de los mandantes y electores. [Y hacerlo para de esta manera lograr] un avance político donde la relación entre los movimientos sociales y el li-

derazgo sea el eslabón fundamental, convirtiendo al [partido] en espacio de organización electoral. Esta doble vía de acción transformadora puede explicar, en cierta medida, tanto el éxito del MAS en la obtención del poder político como los niveles de legitimidad que se mantienen (p. 53, 54).

Luego del Referéndum Constituyente [...] empezó a hacerse evidente que la forma más eficaz del cambio se expresaba en la existencia del Estado Plurinacional, en su relación con las organizaciones sociales a través de políticas públicas... que materializaban la nueva forma de hacer política identificada con el liderazgo (p. 56).

El papel histórico que se le atribuyó al MAS como articulador político entre organizaciones sociales y liderazgo, en el marco de la construcción del Estado Plurinacional, perdió sentido por la relación directa entre estas organizaciones y el presidente (p. 58).

El MAS como identidad política victoriosa se convirtió en freno del desarrollo político de la transformación revolucionaria cuando confundió el horizonte estratégico de transformación con el pueblo movilizad, con la participación personal de los militantes en el Estado y el cumplimiento de las demandas sectoriales [...] Por eso es comprensible que haya más “evismo” que “masismo” [configurándose] un contexto político en que el liderazgo representa la principal potencia, pero también la mayor debilidad (p. 76).

Esto nos obliga a trabajar políticamente en la formación de cuadros, para que Evo, que es un referente esencial en la transformación, sea un liderazgo seguido e imitado (p. 137).

En este proceso de transformación, el MAS se ha visto cada vez más relegado al de un organizador electoral. No ha deliberado su nuevo rol político para la profundización de la revolución, en el contexto de ser gobierno y de ser mayoría [...] No ha generado un proceso de debate político interno y de construcción de propuestas políticas, y más bien se ha relegado al respaldo de las políticas públicas estatales (p. 56, 57).

En teoría el [partido] debía tener un rol fundamental en la intermediación entre Estado y sociedad, que le permitiera canalizar y dinamizar la participación, deliberación e incidencia de las bases en las políticas públicas, así como aportar propuestas para la toma de decisiones políticas del gobierno (p. 59).

La conjugación audaz entre [partido] y movimientos que permitió detonar el cambio, se convierte desde la experiencia de ser gobierno, en un dilema político, porque la militancia toma como tarea central el acomodamiento en espacios estatales y no la continuidad del proceso revolucionario [mediante] un proceso de deliberación y construcción de propuestas revolucionarias desde el seno de las organizaciones sociales (p. 58).

Ello pone sobre la mesa el debate sobre la relación que debe existir entre el movimiento social y el instrumento político, para hacer sostenible el proceso de transformación (p. 60).

[Es necesario encontrar] el equilibrio entre una política de cuadros y una política de masas, ambas necesarias para continuar la transformación (p. 62).

[Igualmente] es necesario recomponer el pacto estratégico entre Estado y organizaciones sociales (p. 88).

La organicidad del [partido] ha resultado exitosa y efectiva al momento de movilizarse contra el neoliberalismo y para alcanzar victorias electorales. Sin embargo, este trabajo activista y movilizador, sin trabajo de formación política y cuando los mejores cuadros son llamados a tomar responsabilidades en la representación estatal, hace que militantes y simpatizantes lo vean como un simple espacio de ascenso (p. 60).

En el MAS existen actitudes en pugna entre el compromiso, la ética revolucionaria y la toma de decisiones democráticas y la corrupción, el individualismo y la lucha por los espacios individuales de poder (p. 60, 61).

Es preocupante que autoridades mantengan privilegios del cargo, que la gestión estatal no haya cambiado en el sentido de la austeridad propuesta por Evo. Que se hayan mantenido sueldos superiores al del presidente [que puso un tope para los salarios] viáticos superiores, movilidades con chofer, tratamiento protocolar, viajes... Y las posibilidades de colocar en sus dependencias a los adherentes que crean conveniente (p. 151).

[En el partido] se ha generado un creciente proceso de desgaste por pugnas internas por espacios de poder [...] dando lugar a la disputa personal antes que al debate ideológico (p. 87).

[Otro riesgo] es el ingreso de innumerables militantes de partidos que quedaron en el camino, y quieren subirse al carro del ganador (p. 62).

Ante el desmoronamiento de la oposición, existe una migración política masiva hacia el partido de gobierno, que al no contar con los recursos institucionales para la incorporación de la militancia, entra en un período de confrontación interna caracterizado por las divisiones (p. 79).

El MAS, carente de procesos de formación política y de promoción de nuevos liderazgos, ha provocado que [el creciente acercamiento de la población con el partido] se desvíe hacia la posibilidad de espacios de poder local en alcaldías, gobernaciones y otras entidades del Estado (p. 66).

Por su parte los movimientos sociales que propiciaron el proceso de cambio retornaron a su identidad de organizaciones sociales con demandas y reivindicaciones particulares. El papel protagónico y estratégico otorgado por la Constitución a los movimientos sociales, quedó disminuido por la presencia del Estado y el liderazgo, que son los que asumieron la vanguardia en los procesos de transformación (p. 66, 67).

Frente al reflujo de las organizaciones sociales, que se han limitado a ser acompañantes y beneficiarias del proceso, las decisiones fundamentales han pasado a ser atributo estatal, no sólo por las características del liderazgo, sino principalmente porque los movimientos sociales con capacidad de propuesta estratégica, han vuelto a ser organizaciones sociales regionales o sectoriales que demandan gremialmente beneficios al Estado (p. 84).

Muchas organizaciones sociales han entrado en una fase de franca desmovilización [...] por otra parte algunas organizaciones han pasado de tener

una visión de transformación nacional e integral –es decir revolucionaria– a buscar únicamente reivindicaciones sectoriales y parciales, confrontando las propuestas nacionales del gobierno (p. 56).

Las exigencias sobre el Estado “llovieron” sin asumir la corresponsabilidad [...] Se movilizaron en torno a demandas sectoriales y se pulverizó el tablero de la demanda estratégica [...] Simplemente delegaron ésta en el Estado y prefirieron demandarle recursos (p. 75).

[Pero también es verdad] que han faltado políticas públicas que permitan la construcción conjunta de las demandas, y no a través de la tradicional protesta y bloqueo, que ha sido la estrategia de las organizaciones ante cualquier tipo de Estado [Estrategia] que ha conllevado un desgaste de las organizaciones sociales en su proceso de protesta (p. 97).

Algunas direcciones [han asumido] una concepción fetichista del poder como la búsqueda compulsiva de espacios de decisión dentro del Estado y de las organizaciones sociales o políticas, concentrando la mayor parte del esfuerzo de las personas e instituciones en la lógica de que sólo desde esos espacios se puede hacer el cambio [Su liderazgo] lo ven como copamiento de los espacios antes reservados para la oligarquía y los políticos de oficio, y lo llaman inclusión (p. 56, 57).

Hay limitaciones para que los pueblos sean vanguardia en la transformación. [Y es que] las resistencias particulares, válidas como recordatorio al Estado del olvido de sus necesidades urgentes, no terminan de plantear una propuesta de país diferente. Más aún, al discurso romántico de

los pueblos y de la ecología, se suben demasiados oportunistas y opositores del pasado, asumiéndose como “defensores de indígenas” aparentemente maltratados por el gobierno [...] al que presentan como traidor al mandato de los pueblos. Además buscan la confrontación e invierten recursos para lograrla, provenientes de espacios políticos nacionales y regionales, así como de la misma cooperación internacional que sustenta la labor de algunas ONGs (p. 92).

A lo que se agrega la rearticulación de sectores de la oposición que vieron en el conflicto con los pueblos la posibilidad de quebrar por dentro el proceso de cambio. Los cuales tuvieron una amplia cobertura mediática (p. 109).

Pero lo cierto es que ni el gobierno ha traicionado el proceso revolucionario ni los pueblos indígenas, originarios y campesinos son opositores y vendidos al imperialismo. Tensiones alimentadas desde la marginalidad política (p. 94).

Una sociedad que, en ausencia de un Estado que garantizara el cumplimiento de sus derechos, ha sobrevivido demasiados años en cierta ilegalidad, ahora que se siente parte del Estado demanda la legalización de sus estrategias de sobrevivencia. Estrategias que no pueden estar vigentes, cuando el nuevo Estado, obligado a garantizar la vigencia de los derechos, debe normar la convivencia del conjunto de bolivianos y bolivianas, penando las acciones que se opongan a ello (p. 73).

El momento político que vivimos es de reflujo de los movimientos sociales [y de protagonismo] de la institucionalidad estatal, [pero] el Estado no

puede ni debe asumir la tentación de representar el poder del conjunto de la sociedad (p. 69).

Luego de terminar arrinconadas [las derechas] asumen como estrategia el desgaste y se aprovechan de los errores [...] y el posible fracaso de las medidas gubernamentales [Usan] los medios de comunicación como punta de ataque (p. 24).

Aunque los sectores opositores se convirtieron en minoría, tuvieron un aliado permanente en los medios de comunicación, cuyos propietarios siempre fueron de la élite (p. 109).

La estrategia opositora es la de derrocar primero simbólicamente las fortalezas del proceso de cambio (p. 136).

Enfrentamos a las oposiciones, que sin discurso ni cabeza, pretenden defenestrar lo avanzado; también a los críticos académicos, que fácilmente se colocan en un umbral opositor en nombre del “purismo revolucionario” (p. 10).

[En las izquierdas] Aun cuando se es gobierno y se es mayoría, se sigue complotando desde las esquinas, sin terminar de asumir el peso específico y la responsabilidad que implica el ser portador de los sueños y las utopías de los muchos (p. 26).

En el [partido] y las organizaciones sociales lo que pasó es que ninguna de esas instancias generó transformaciones internas, y en mucho se mantuvo en una actitud conservadora, como si se fuera todavía oposición [Así] las bases se convirtieron en beneficiarias y no en proponentes o interpeladoras del proyecto de país en construcción (p. 81).

México 2018, disparador de la segunda oleada emancipatoria de Nuestramérica

Nuestramérica va. Si en el tránsito del siglo XX al XXI los movimientos sociales contestatarios y los triunfos electorales de las izquierdas daban el banderazo de salida a la primera oleada del curso emancipatorio latinoamericano, tres lustros más tarde otras insurgencias populares y otros éxitos electorales anuncian el inicio de una segunda oleada libertaria. Si en 1998 el despegue simbólico fue la elección de Hugo Chávez, en 2018 ha sido la de López Obrador.

Y Nuestramérica va. En México, el arrollador triunfo electoral de Morena; en Argentina la contundente derrota en las urnas del neoliberal Mauricio Macri a manos de Alberto Fernández y Cristina Fernández; en Colombia el golpe al uribismo y al presidente Duque que representan los triunfos de la izquierda en los comicios seccionales, incluyendo Medellín y la capital Bogotá. Aunque no todos los resultados electorales son positivos, pues en Uruguay, si bien en la primera vuelta el izquierdista Daniel Martínez aventajaba al conservador Luis Lacalle por una diferencia de más de diez puntos, en segunda vuelta fue derrotado el candidato del Frente Amplio, rompiéndose así una racha de tres elecciones sucesivas ganadas por el progresismo.

Avances electorales en México, Argentina y Colombia, a los que se suma en Venezuela el fracaso del imperio y la derecha en su intento de gol-

pe de Estado contra Nicolás Maduro, en Brasil el creciente descrédito del neofascista Jair Bolsonaro y, sobre todo, las multitudinarias insurgencias con que los pueblos de Chile, Ecuador y Colombia se confrontan con el neoliberalismo de Sebastián Piñera, Lenín Moreno e Iván Duque, y las airadas protestas de los nicaragüenses contra el autoritarismo represivo de Daniel Ortega.

Sin olvidar la “marea verde”: las movilizaciones y debates con que las mujeres del subcontinente están defendiendo sus derechos –en particular el de abortos legales, seguros y gratuitos. Inédita insurgencia que augura que esta segunda oleada emancipatoria tendrá rostro femenino.

Y para que el regreso de los pueblos estuviera completo, el 8 de noviembre –después de 19 meses preso– Lula recuperó la libertad, y en su primera gira está reuniendo concurrencias de decenas de miles.

Sin embargo, dos días después, el golpe de Estado en Bolivia –donde Evo ganó en primera vuelta, aunque ante las dudas había aceptado reponer la votación– es un doloroso retroceso para los bolivianos y un sacudón para el progresismo. Pero no sólo esto, junto con la frustrada intentona venezolana de Guaidó, el golpe del fascista Camacho debe verse como lo que es: un intento del imperio y la oligarquía de recuperar Bolivia, pero también como una operación estratégica destinada a cambiar las reglas del juego político en nuestro continente, clausurando de una vez por todas la lid democrática como escenario válido para dirimir los diferentes proyectos sociales.

Intentona que está cambiando los alineamientos, pues si antes la confrontación era entre progresismo y conservadurismo, hoy debe ser también entre golpistas y demócratas. Y me queda claro que los pacíficos somos más que los violentos. Los que queremos la fiesta en paz conformamos una abrumadora mayoría, ciertamente cruzada por posturas discrepantes que sin embargo podemos resolver pacíficamente. La izquierda del nuevo milenio que le apostó a la combinación de movilizaciones sociales y triunfos electorales está avanzando, véase si no, el caso de México y Argentina. No a la barbarie, aislemos al golpismo.

Laboratorio del cambio social

Durante dos décadas Nuestramérica ha sido laboratorio del buen cambio social. Mientras que en Europa y Estados Unidos el hartazgo provocado por el neoliberalismo alimentaba nacionalismos supremacistas, proteccionismos de gran potencia y avances políticos de la ultraderecha... que en el fondo no contravenían, sino que profundizaban el paradigma neoliberal; entre nosotros el descontento de los pueblos maltratados por el capitalismo canalla del último tercio del siglo XX se orientó hacia la izquierda en busca de salidas democráticas, justicieras y libertarias al mercantilismo absoluto.

Lance inédito en el que algo se logró, pues donde había gobiernos llamados “progresistas” se recuperaba la soberanía, se desobedecían las instrucciones del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, se reducía dramáticamente la

pobreza y en algunos casos como Venezuela, Bolivia y Ecuador, se refundaban las instituciones, entre ellas la Constitución.

Es verdad que con la recesión global de 2008 y el fin de la bonanza económica que hizo posibles las que he llamado “revoluciones del bienestar”, cayeron Brasil y Argentina, entró en crisis Venezuela, se desvió Ecuador y ahora cae a la mala Bolivia. Pero después del cortísimo invierno neoliberal, en Nuestramérica las izquierdas están de regreso, mientras que los europeos siguen lidiando con el neo nazismo y el *brexit*, y en Estados Unidos soportan las patanerías de Trump.

El arco emancipatorio nuestroamericano es un curso prolongado en que se busca primero limar los filos del capitalismo crudo y desmecatado al que llamamos neoliberal, pero en la perspectiva de ir desmontando progresivamente los engranajes del propio capitalismo, sistema del cual el rentismo especulativo y predador de las últimas décadas no es más que una modalidad histórica excepcionalmente virulenta.

Contra la idea de que la globalización, las transnacionales y los organismos multilaterales dejaban sin materia a los estados-nación y por tanto a la política y los partidos que luchan por acceder al gobierno, en Nuestramérica el nuevo milenio arrancó con enérgicos movimientos que propiciaron los triunfos electorales, después de los cuales se fueron diluyendo y dejando paso al protagonismo de los gobiernos reformadores que ellos mismos habían encumbrado. “Ya los pusimos ahí, pues ahora hagan lo que tienen que hacer”, era el discurso implícito.

Reflujo de los movimientos, al que acompañó la marginación o descomposición de casi todos los partidos de izquierda: en Nicaragua el Frente Sandinista se descompone, en Brasil las corruptelas minan al Partido de los Trabajadores, en Bolivia el Movimiento al Socialismo se ahueca, en Ecuador Alianza País se derechaiza, en Argentina el peronismo de izquierda se desdibuja... Los retrocesos de la izquierda en Nicaragua, Brasil, Argentina, Ecuador y Bolivia tienen su origen en el fin del ciclo económico global favorable y en la ofensiva del imperio y las burguesías locales, pero también en la debilidad de los partidos y de los movimientos, que en algunos casos incluso cambian de signo y son utilizados por las derechas.

Fue duro y doloroso, pero después del cortísimo invierno de la restauración neoliberal –un conservadurismo tan sin futuro que apenas instalado en unos cuantos gobiernos comenzó a desfondarse– estamos de regreso. Y volvemos otra vez montados sobre los movimientos.

Al grito de “¡No son 30 pesos, son 30 años!” los chilenos transforman una protesta estudiantil contra el alza de los pasajes en una insurgencia que el 25 de octubre moviliza a un millón doscientas mil personas en todo el país, mientras que el presidente Piñera, que había declarado la guerra y enviado veinte mil soldados a la calle, tiene que ceder y sacrificar a todo su gabinete, sin que por ello amaine el movimiento.

En Ecuador el pueblo se alza contra los acuerdos que el presidente Moreno ha firmado con el Fondo Monetario Internacional; movilización en la

que destaca la Confederación de Nacionalidades Indígenas de Ecuador, cuyo anticorreísmo la había vuelto morenista hasta que a principios de este año se distancia del neoliberal en la Presidencia... a quien sin embargo le abre una puerta al sentarse a negociar con él, cuando el movimiento -en parte correísta- comenzaba a pedir su renuncia.

En Colombia a la derrota electoral del partido de Uribe y del presidente Duque, en los comicios locales, por la que la izquierda gana Bogotá y Medellín, se añade el millón de manifestantes que el 21 de noviembre salieron a las calles de las principales ciudades para protestar contra los asesinatos de líderes sociales, reivindicar derechos laborales y exigir mayor presupuesto educativo, es decir, contra la política neoliberal del actual gobierno.

A golpe de Biblia

Aunque también la derecha se envalentona. En Bolivia la oligarquía -los "barones de la media luna"- viene de regreso apoyándose en sectores de la clase media a los que disgustan los indios empoderados y, paradójicamente, en grupos ambientalistas y feministas de derechas. El Comité Cívico Cruceño del fascista Camacho y sus semejantes, nunca buscaron enmendar las presuntas fallas de la elección, sino sacar al aymara del Palacio de El Quemado.

La violencia ejercida por grupos organizados, no para reponer una elección que en primera instancia habían perdido, sino para derrocar al gobierno, fue conducida a trasmano por los EU y, directamente, por una derecha vieja por los intere-

ses de clase que en el fondo representa, pero nueva por la base social en que se apoya, el discurso que difunde, la forma en que se organiza y el modo en que actúa.

Su centro y emblema es el Comité Cívico Cruceño, fincado en el Departamento histórico de la oligarquía; su instrumento, la paramilitar Juventud Cruceñista; su cabeza, el empresario Fernando Camacho, cuyo discurso histriónico e iracundo combina racismo con catolicismo y evangelismo. Biblia, fuego purificador y linchamientos.

El sector en el que prenden sus consignas es la clase media. Pero como ha establecido el hasta hace unos días vicepresidente García Linera, en Bolivia hay dos clases medias, la vieja y la emergente. Y la que se alinea con la derecha es sobre todo la vieja clase media acriollada, que se siente agredida por la figura y los modos del aymara que gobernaba el país, e invadida por la nueva clase media india que ascendió gracias a las políticas de inclusión social. Aunque también los recién llegados al mundo del consumo se afilian a veces al pensamiento de la derecha. Tal sería el caso de ciertas organizaciones estudiantiles.

“Estamos viviendo la rebelión de las clases medias, que se atribuyen la voz del pueblo, como siempre lo hicieron”, escribió Juan Carlos Pinto.

Y la vía elegida por la derecha política para catalizar a estas capas medias es la iracunda polarización. De ahí la importancia que los conservadores daban a la segunda vuelta en las elecciones, que permitiría condensar el antievismo de todos los colores.

Polarización personalizada que buscan ansiosamente todas las derechas latinoamericanas, en tanto que carentes de verdadero proyecto alternativo. Así se lanzan contra Lula, contra Cristina, contra Correa, contra Obrador... a quienes se sataniza desde los medios de comunicación que la oligarquía controla.

Y es porque también en Bolivia le apuestan a la polarización, que después de la primera votación utilizaron el diferendo sobre los comicios no para llegar a una nueva jornada electoral, sino para radicalizar y violentar el antievismo, dándole barniz de legitimidad al preconcebido golpe militar.

¿Por qué no fueron a la nueva elección que el gobierno había aceptado, si al sumar a todas las oposiciones era posible que la ganaran? Porque lo que buscan el imperio y la oligarquía no es la alternancia electoral sino la aniquilación del proyecto de cambio y el escarmiento de los que lo impulsan y lo respaldan. “¡Nunca más la Pachamama en el Quemado!”, “¡No más gobiernos de izquierda en nuestro patio trasero!”

Por el contenido de sus proyectos, en Norteamérica se confrontan el neoliberalismo y el progresismo posneoliberal; pero por su forma política se confrontan dos vías: la del golpismo y la de la democracia.

Torpes para ganar elecciones justas e incapaces de gobernar con mínima prestancia, los nuevos restauradores se van decantando por los golpes duros y la dictadura, que tan buenos servicios les dieron en el pasado. Mientras que las nuevas izquierdas apuestan por acceder al poder combinan-

do movimientos y triunfos electorales, y gobernar con las reglas del pluralismo político.

Lo que juega a nuestro favor es que en el nuevo siglo los pueblos del subcontinente han aprendido a reivindicar el empleo de las formas democráticas para resolver los diferendos entre proyectos sociales. El derrocamiento de gobiernos electos y la dictadura ya no son, como en el pasado, parte del sentido común subcontinental. Hoy el golpismo puede y debe ser aislado. Sin duda tenemos diferencias políticas profundas, pero los que estamos por las formas de convivencia civilizadas somos mayoría; hagámosla valer ¡No al golpismo!

Los retos de la segunda oleada emancipatoria

Con el golpe de Bolivia los contrarios quieren meternos miedo, porque en realidad son ellos los que tienen miedo. Y están atemorizados porque después de un cortísimo reflujó, va de nuevo en el continente la incontenible insurgencia posneoliberal. Y va con fuerza extendiéndose a países donde antes no había llegado.

Todo indica que en 2018 dio inicio la segunda oleada del ciclo emancipatorio nustramericano. Nueva etapa, que en lo económico no tendrá viento de cola –como lo tuvo la primera– sino en contra y con turbulencias, pues lo que algunos llaman estancamiento secular llegó para quedarse; y en lo político, salvo nosotros, el mundo se mueve a la derecha. Por esto y porque ya se emplearon y desgastaron, no podemos repetir en esta fase las fórmulas que se aplicaron en los tres primeros lustros del siglo.

Lo que sí se repite es que, donde persiste el neoliberalismo o donde éste había vuelto, habrá que recoger los platos rotos y limpiar el tiradero. En Argentina, salir del entrampamiento con el Fondo Monetario Internacional en que la metió Macri; en México, recuperar al Estado como agente del desarrollo, erradicando la corrupción y el dispendio que habían hecho de él un “elefante reumático”.

En un mundo de pobres, la redistribución del ingreso sigue siendo el mandato mayor y la prioridad. Pero recuperar para la nación los recursos naturales –o sus rentas– y palanquear el crecimiento de la economía en la exportación de bienes primarios, ya no es posible ni pertinente; porque es destructiva, porque son recursos escasos y porque temporalmente sus precios cayeron.

Financiar el combate a la pobreza con la puesta en valor de los recursos naturales, no es un pecado pero es insostenible. Y en México, por ejemplo, simplemente imposible porque no somos primario-exportadores (“extractivistas” que dicen algunos) sino principalmente exportadores de manufacturas que incorporan insumos importados, lo que nos hace industrializados pero maquiladores. Nuestra economía se finca en la explotación de mano de obra barata, lo que es injusto y también difícil de mantener cuando Trump se empeña en recuperar empleos.

Reconociendo las diferencias nacionales, la segunda fase del ciclo emancipatorio nustramericano tendrá que buscar nuevos caminos. En lo económico habrá que crecer, porque ciertamente no puede haber redistribución sin crecimiento.

Pero una cosa es crecer, como crecen las plantas, los animales y las personas, y otra cosa es la expansión a toda costa, propia de la modernidad urbano industrial.

Para empezar, el crecimiento que necesitamos es el de la economía real y productiva, que tiene su palanca en el trabajo, y no tanto en la rentista que lucra con la disponibilidad de recursos naturales.

Una producción incluyente que vaya erradicando la pobreza no mediante los subsidios, sino gracias a la justa retribución del trabajo y la equitativa satisfacción de las necesidades. Inserción productiva de los más, que a su vez es condición de una economía auto centrada, y de un desarrollo que sin darle la espalda a los mercados globales se apoye principalmente en el mercado interno.

Una economía atenta a las ventajas comparativas y competitivas, que sin embargo priorice los sectores estratégicos: soberanía alimentaria para asegurar que nadie se quede sin comer, soberanía energética que sustente la marcha de nuestra producción y consumo, soberanía laboral que garantice a todos empleos o trabajos dignos y remuneradores.

Una economía respetuosa de las personas y de las cosas, sostenida en una producción que en vez de descomponer y polarizar a las comunidades humanas fortalezca la justicia y la cohesión social; en una producción que en vez de erosionar y degradar a los ecosistemas se desarrolle en armonía con la naturaleza. Es decir, una economía social y ambientalmente solidaria...

Un modelo económico que no cancela al mercado ni excluye al capital, pero que los acota mediante la acción conjunta de la sociedad y del Estado.

Un nuevo orden que habremos de edificar entre todos y que, después de la solidaridad inmediata y urgente con los pueblos que están siendo masacrados, es el asunto más importante de la agenda nuestramericana.

ARMANDO BARTRA

Tiene estudios en Filosofía por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). En dicha institución fue profesor en la Facultad de Economía (1973-1980), en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (1977-1982), y de maestría en Antropología Social (1990-1994). Fue director del Instituto de Estudios para el Desarrollo Rural Maya AC, de 1983 a 2007. Actualmente es profesor-investigador en la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, en la Licenciatura en Sociología y el Posgrado en Desarrollo Rural. En 2011, recibió el Doctorado Honoris Causa de la Universidad Nacional de Córdoba, en Argentina. Es autor de 30 libros aproximadamente y cerca de 300 artículos periodísticos, de análisis y divulgación. Entre sus obras más recientes se encuentran: *El hombre de hierro* (2a. edic., UACM-UAM Itaca 2014), *Hambre/Carnaval. Dos miradas a la crisis de la modernidad* (UAM-Xochimilco, México, 2013), *Campesindios. Aproximaciones a los campesinos de un continente colonizado* (Bolivia, CIDES-Universidad Mayor de San Andrés, 2010); *Tomarse la libertad. La dialéctica en cuestión* (Itaca, México, 2010); *El capital en su laberinto. De la renta de la tierra a la renta de la vida* (Itaca-UACM, 2006).

Publicaciones de Para Leer en Libertad AC:

1. **Para Leer en Libertad.** Antología literaria.
2. **El cura Hidalgo,** de Paco Ignacio Taibo II.
3. **Jesús María Rangel y el magonismo armado,** de José C. Valadés.
4. **Se llamaba Emiliano,** de Juan Hernández Luna.
5. **Las Leyes de Reforma,** de Pedro Salmerón.
6. **San Ecatepec de los obreros,** de Jorge Belarmino Fernández.
7. **La educación francesa se disputa en las calles,** de Santiago Flores.
8. **Librado Rivera,** de Paco Ignacio Taibo II.
9. **Zapatismo con vista al mar: El socialismo maya de Yucatán,** de Armando Bartra.
10. **La lucha contra los gringos: 1847,** de Jorge Belarmino Fernández.
11. **Ciudad quebrada,** de Humberto Musacchio.
12. **Testimonios del 68.** Antología literaria.
13. **De los cuates pa' la raza.** Antología literaria.
14. **Pancho Villa en Torreón,** de Paco Ignacio Taibo II y John Reed.
15. **Villa y Zapata,** de Paco Ignacio Taibo II, John Reed y Francisco Pineda.
16. **Sembrar las armas: la vida de Rubén Jaramillo,** de Fritz Glockner.

17. **La oveja negra**, de Armando Bartra.
18. **El principio**, de Francisco Pérez Arce.
19. **Hijos del águila**, de Gerardo de la Torre.
20. **Morelos. El machete de la Nación**, de varios autores.
21. **No hay virtud en el servilismo**, de Juan Hernández Luna.
22. **Con el mar por medio. Antología de poesía del exilio español**, de Paco Ignacio Taibo I.
23. **Con el puño en alto**, de Mario Gill, José Revueltas, Mario Núñez y Paco Ignacio Taibo II.
24. **El viento me pertenece un poco (poemario)**, de Enrique González Rojo.
25. **Cero en conducta. Crónicas de la resistencia magisterial**, de Luis Hernández Navarro.
26. **Las dos muertes de Juan Escudero**, de Paco Ignacio Taibo II.
27. **Y si todo cambiara... Antología de ciencia ficción y fantasía**. Varios autores.
28. **Con el puño en alto 2. Crónicas de movimientos sindicales en México**. Antología literaria.
29. **De los cuates pa' la raza 2**. Antología literaria.
30. **El exilio rojo**. Antología literaria.
31. **Siembra de concreto, cosecha de ira**, de Luis Hernández Navarro.
32. **El Retorno**, de Roberto Rico Ramírez.
33. **Irapuato mi amor**, de Paco Ignacio Taibo II.
34. **López Obrador: los comienzos**, de Paco Ignacio Taibo II.
35. **Tiempo de ladrones: la historia de Chucho el Roto**, de Emilio Carballido.
36. **Carrillo Puerto, Escudero y Proal. Yucatán, Acapulco y Guerrero. Tres grandes luchas de los años 20**, de Mario Gill.
37. **¿Por qué votar por AMLO?**, de Guillermo Zamora.

38. **El desafuero: la gran ignominia**, de Héctor Díaz Polanc
39. **Las muertes de Aurora**, de Gerardo de la Torre.
40. **Si Villa viviera con López anduviera**, de Paco Ignacio Taibo II.
41. **Emiliano y Pancho**, de Pedro Salmerón.
42. **La chispa**, de Pedro Moctezuma.
43. **Para Leer en Libertad en la Cuauhtémoc**. Antología literaria.
44. **El bardo y el bandolero**, de Jacinto Barrera Bassols.
45. **Historia de una huelga**, de Francisco Pérez Arce.
46. **Antología Literaria I ADO**. Varios autores.
47. **Antología Literaria II ADO**. Varios autores.
48. **Antología Literaria III ADO**. Varios autores.
49. **Antología Literaria IV ADO**. Varios autores.
50. **Todos somos migrantes**. Varios autores.
51. **Guevara historia**, de Carlos Soria Galvarro.
52. **Vagando entre sombras y otras historias**, de Guillermo Fabela.
53. **Hablar en tiempos oscuros**, de Bertold Brecht.
54. **Fraude 2012**. Antología varios autores.
55. **Inquilinos del DF**, de Paco Ignacio Taibo II.
56. **Folleto contra la Reforma Laboral**, de Jorge Fernández Souza.
57. **México indómito**, de Fabrizio Mejía Madrid.
58. **68: Gesta, fiesta y protesta**, de Humberto Musacchio.
59. **Un pulso que golpea las tinieblas. Una antología de poesía para resistentes**. Varios autores.
60. **1968. El mayo de la revolución**, de Armando Bartra.
61. **Tres años leyendo en libertad**. Antología literaria.
62. **El viejo y el horno**, de Eduardo Heras León.
63. **El mundo en los ojos de un ciego**, de Paco Ignacio Taibo II.
64. **Más libros, más libres**, de Huidobro (no descargable).
65. **No habrá recreo, (Contra-reforma constitucional y desobediencia magisterial)**, de Luis Hernández Navarro.
66. **Sin novedad en el frente**, de Erich Maria Remarque.

67. **Azcapotzalco 1821. La última batalla de una independencia fallida**, de Jorge Belarmino Fernández.
68. **Los brazos de Morelos**, de Francisco González.
69. **La revolución de los pintos**, de Jorge Belarmino Fernández.
70. **Memorias de la lucha sandinista Tomo I**, de Mónica Baltodano (no descargable).
71. **Memorias de la lucha sandinista Tomo II**, de Mónica Baltodano (no descargable).
72. **Memorias de la lucha sandinista Tomo III**, de Mónica Baltodano (no descargable).
73. **Memorias de la lucha sandinista Tomo IV**, de Mónica Baltodano (no descargable).
74. **Camilo Cienfuegos: el hombre de mil anécdotas**, de Guillermo Cabrera Álvarez.
75. **En recuerdo de Nezahualcóyotl**, de Marco Antonio Campos.
76. **Piedras rodantes**, de Jorge F. Hernández.
77. **Socialismo libertario mexicano (Siglo XIX)**, de José C. Valadés.
78. **El gran fracaso. Las cifras del desastre neoliberal mexicano**, de Martí Batres.
79. **Rebeliones**, de Enrique Dussel y Fabrizio Mejía Madrid.
80. **Para Leer en Libertad FIL Zócalo 2013**. Antología literaria.
81. **Un transporte de aventuras. El Metro a través de la mirada de los niños**. Antología.
82. **Padrecito Stalin no vuelvas**. Antología.
83. **En un descuido de lo imposible**, de Enrique González Rojo.
84. **Tierra Negra**. Cómic (no descargable).
85. **Memorias Chilenas 1973**, de Marc Cooper.
86. **Ese cáncer que llamamos crimen organizado**. Antología de relatos sobre el narcotráfico. Varios autores.
87. **76. Lázaro Cárdenas: el poder moral**, de José C. Valadés.

88. **Canek**, de Ermilo Abreu.
89. **La línea dura**, de Gerardo de la Torre.
90. **San Isidro futbol**, de Pino Cacucci.
91. **Niña Mar**, de Francisco Haghenbeck y Tony Sandoval.
92. **Otras historias**. Antología.
93. **Tierra de Coyote**. Antología.
94. **El muro y el machete**, de Paco Ignacio Taibo II.
95. **Antología Literaria 2da feria en Neza**. Varios autores.
96. **Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana**,
de Pedro Salmerón.
97. **Larisa, la mejor periodista roja del Siglo XX**,
de Paco Ignacio Taibo II.
98. **Topolobampo**, de José C. Valadés.
99. **De golpe**. Antología.
100. **Sobre la luz. Poesía militante**, de Óscar de Pablo.
101. **Hermanos en armas. La hora de las policías comunitarias y las autodefensas**, de Luis Hernández Navarro.
102. **Teresa Urrea. La Santa de Cabora**, de Mario Gill.
103. **Memorias de Zapatilla**, de Guillermo Prieto.
104. **Práxedes Guerrero y la otra Revolución posible**,
de Jesús Vargas Valdés.
105. **La correspondencia entre Benito Juárez y Margarita Maza**,
de Patricia Galeana.
106. **Espartaco**, de Howard Fast.
107. **Para Leer de Boleto en el Metro (Segunda temporada 1)**.
Antología literaria.
108. **Para Leer de Boleto en el Metro (Segunda temporada 2)**.
Antología literaria.
109. **Los hombres de Panfilov**, de Alejandro Bek.
110. **Diez días que conmovieron al mundo**, de John Reed.
111. **Vietnam heroica**. Varios autores.
112. **Operación masacre**, de Rodolfo Walsh (no descargable).

113. **Cananea**, de Arturo Cano.
114. **Guerrero bronco**, de Armando Bartra.
115. **Misterios de seis a doce**, de Rebeca Murga y Lorenzo Lunar.
116. **La descendencia del mayor Julio Novoa**, de Gerardo de la Torre.
117. **Otras miradas**. Varios autores.
118. **Relatos de impunidad**, de Lorena Amkie.
119. **No sabe a mermelada**, de Carlos Ímaz.
120. **Conflicto en cuatro actos, el movimiento médico México 1964-1965**, de Ricardo Pozas Horcasitas.
121. **Ciudad Cenzontle**, de José Alfonso Suárez del Real.
122. **Regalos obscenos, lo que no pudo esconder el pacto contra México**. Varios autores.
123. **Con el corazón en su sitio. La historia de los hermanos Cerezo**, de los Hermanos Cerezo.
124. **El pueblo es inmortal**, de Vassili Grossman.
125. **Dos historias**, de Horacio Altuna (no descargable).
126. **Tierra negra 2**. Cómic (no descargable).
127. **El estilo Holtz**, de Paco Ignacio Taibo II.
128. **Julio César Mondragón**. Varios autores.
129. **Abrapalabra**, de Luis Britto.
130. **Los 43 de Ayotzinapa**, de Federico Mastrogiovanni.
131. **Anticipaciones: una mirada al futuro de Nuestramérica**, de Armando Bartra.
132. **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**, de Gisbert Haefs.
133. **Terraza Marlowe**, de Bruno Arpaia.
134. **Juárez. La rebelión interminable**, de Pedro Salmerón.
135. **La gran marcha. Reminiscencias**. Varios autores.
136. **Taxco en lucha**, de Aarón Álvarez.
137. **El capitán sangrefría**, de Óscar de Pablo.
138. **Norman Bethune**, de Eduardo Monteverde.
139. **El poeta cautivo**, de Alfonso Mateo-Sagasta.
140. **El hombre de la leica**, de Fermín Goñi.

141. **La balada de Chicago**, de Hans Magnus Enzensberger.
142. **DFendiendo derechos y libertades de los y las capitalinas**, de José Alfonso Suárez del Real.
143. **Las ratas invaden la escena del cuádruple crimen**, de Javier Sinay.
144. **La marca del Zorro**, de Sergio Ramírez.
145. **¿Qué hay que saber sobre la Reforma Educativa?**
146. **La novena ola magisterial**, de Luis Hernández Navarro.
147. **Banana Gold**, de Carleton Beals.
148. **Libertad es osadía**, de Leonel Manzano.
149. **La jungla**, de Upton Sinclair.
150. **La huelga que vivimos**, de Francisco Pérez Arce.
151. **Un dólar al día**, de Giovanni Porzio.
152. **Queremos todo**, de Nanni Balestrini.
153. **Pinturas de guerra**, de Ángel de la Calle (no descargable).
154. **La cara oculta del Vaticano**, de Sanjuana Martínez (no descargable.)
155. **Milpas de la ira**, de Armando Bartra.
156. **Una latinoamericana forma de morir**. Varios autores (no descargable)
157. **Una antología levemente odiosa**, de Roque Dalton.
158. **Biografía del Che**, de Paco Ignacio Taibo II (no descargable).
159. **Pesadilla de último momento**, de Aarón Álvarez.
160. **CEU**, de Martí Batres.
161. **Un corresponsal de guerra mexicano**, de Guillermo Zamora.
162. **Herón Proal**, de Paco Ignacio Taibo II.
163. **Manifiesto comunista**, de Enrique González Rojo.
164. **Más REVUELTAS. Cinco aproximaciones a la vida de Pepe**. Varios autores.
165. **Lo que no fue**, de Kike Ferrari.
166. **Damas del tiempo**, de Pedro Miguel.
167. **Mis gloriosos hermanos**, de Howard Fast.

168. **Iván**, de Vladimir Bogomolov.
169. **Antología de cuentos**, de Raúl Argemí.
170. **Benita**, de Benita Galeana.
171. **Antología de cuentos**, de Juan M. Aguilera y Luis Britto.
172. **La ciudad, la otra**, de Raúl Bautista González, Súper Barrio.
173. **La otra revolución rusa, populismo y marxismo en las revueltas campesinas de los siglos XIX y XX**, de Lorena Paz Peredes.
174. **El mundo de Yarek**, de Elia Barceló.
175. **1905**, de León Trotsky.
176. **Los once de la tribu**, de Juan Villoro.
177. **¿Qué hacer antes y después del sismo?**
178. **Romper el silencio**, varios autores.
179. **Break the silence**, varios autores.
180. **Caramba y zamba la cosa, el 68 vuelto a contar**, de Francisco Pérez Arce.
181. **Los que deben morir**, de F. Mond.
182. **La muerte tiene permiso y más...**, de Edmundo Valadés.
183. **Para fechas vacías que veremos arder**, de Roberto Fernández Retamar.
184. **Allá en la nopalera**, de Carlos Ímaz.
185. **Historias sorprendentes**. Varios autores.
186. **La revolución magonista. Cronología narrativa**, de Armando Bartra y Jacinto Barrera.
187. **Las bolcheviques**, de Óscar de Pablo.
188. **Cartucho**, de Nellie Campobello.
189. **Cuadernos desde la cárcel**, de Ho Chi Minh.
190. **La frontera**, de Patrick Bard.
191. **La Gran Revolución Francesa (Tomo I)**, de Piotr Kropotkin.
192. **La Gran Revolución Francesa (Tomo 2)**, de Piotr Kropotkin.
193. **No digas que es prieto, di que está mal envuelto**, de Fabrizio Mejía Madrid.

194. **El voto fue unánime: estábamos por la utopía. Memorias del 68**, de Tariq Ali.
195. **Vidas exageradas**, de José Manuel Fajardo.
196. **La desaparición de la nieve**, de Manuel Rivas.
197. **Derrotas que hacen historia. La Comuna de París**, de Armando Bartra.
198. **Los nuevos herederos de Zapata**, de Armando Bartra.
199. **Aquí manda la escoba**, de Óscar de Pablo.
200. **Tony Guiteras**, de Paco Ignacio Taibo II (no descargable).
201. **En la guerra de España**, de André Malraux.
202. **Las nuevas luchas campesinas**, de Armando Bartra.
203. **Su hogar es el mundo entero**, de Óscar de Pablo.
204. **Nuestro Gato Culto**, de Paco Ignacio Taibo I.
205. **Tina Modotti**, de Ángel de la Calle (no descargable).
206. **El principio, los primeros cuatro meses**, de Armando Bartra.
207. **Una juventud en Alemania**, de Ernst Toller.
208. **Consuelo Uranga. La Roja**, de Jesús Vargas.
209. **Los peligros profesionales del poder**, de Kristian Rakovsky.
210. **Mujeres zapatistas. La otra cara de la Revolución**, de Angélica Noemí Juárez Pérez y Miguel Ángel Ramírez Jahuey.
211. **Fátima**, de Jürgen Alberts.
212. **Entre amigos, antología literaria**. Varios autores.
213. **No hay nada más asombroso que la verdad**. Varios autores.
214. **La participación de Israel en la militarización de México**. Varios autores.
215. **Hacia una nueva cartilla ético-política**, de Enrique Dussel.
216. **Un año ya y la cuarta va**, de Armando Bartra.

Descarga todas nuestras publicaciones en:
www.brigadaparaleerenlibertad.com

Este libro se editó en la Ciudad de México.

Todos los derechos reservados.